

7-2522

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía—Historia—Viajes—Geografía—Estadística—Crítica—Cuadros de
costumbres—Poesías—Variedades



Director: ISIDORO LAVERDE AMAYA

TOMO II—Entrega 8.^a—Bogotá, Diciembre 15 : 1890

BOGOTÁ (COLOMBIA)

Imprenta de "La Luz," Calle 13, número 100

APARTEADO 160, TELÉFONO 230

CONTENIDO:

I—Elena Darcy, por C. de Varigny (traducido para la REVISTA LITERARIA por una Señorita)	65
II—Las Minas de San Sebastián de la Plata, por Vicente Restrepo	96
III—A un Beso (de Robert Burns), por C. E. Restrepo	102
IV—Un escritor colombiano del tiempo de la Colonia, por Federico González Suárez	102
V—La Imprenta en Bogotá (conclusión), por Pedro M. Ibáñez	108
VI—Sonsón, por José María Restrepo M.	116
VII—Variedades. El Divorcio en Roma, por Henry R. Lemly . ..	126



CONDICIONES:

La suscripción anual vale.....	\$ 4 ..
Un semestre.....	2 40
Un número suelto.....	0 40

Se reciben suscripciones en la Agencia general de *Colombia Ilustrada* y se venden números sueltos en la Librería de Torres Caicedo, en la de Camacho Roldán & Tamayo, en la de Currióls & Seyde y en la Librería Popular de Federico de Guzmán.

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Pedido 31/2000

ELENA DARCY

POR C. DE VARIGNY

[Traducido de la *Revue Bleue* para la REVISTA LITERARIA por una Señorita].

I

Recostado en la arena y con la espalda apoyada en una canoa, descansaba. Bajo su blusa de franela azul se dibujaba un cuerpo flexible y bien formado, de miembros robustos y brazos vigorosos; sus pantalones, remangados hasta las rodillas, dejaban descubiertas sus musculosas piernas y sus pies de cariátide. Se le hubiera tomado por Hércules en reposo. Cabellos cortos y una barba espesa hermoseaban su arrogante fisonomía, curtida por el viento, dorada por el sol, iluminada por dos ojos claros acostumbrados, eso se adivinaba, á mirar con fijeza las gentes y las cosas.

A aquella hora la playa estaba desierta y silencioso el establecimiento de baños, cuyos departamentos se iluminaban con los primeros rayos del sol naciente. En Dinard no se madruga ni aun en los primeros días de Julio. La flotilla de pescadores acababa de llegar al puerto. Apenas desembarcado, y sin parecer cuidarse de ayudar á sus compañeros á descargar su barca, cansado tal vez de una noche de trabajo, el desconocido había llegado á la playa, encendido su pipa, y perezosamente recostado, divagaba. Un ruido ligero de pasos le hizo levantar la cabeza. A poca distancia, y por una de las escaleras de madera que separan los baños de las casitas de la playa de Dinard, bajaban una joven y su camarera. La primera, ágil y viva, parecía deslizarse por las planchas mal unidas, donde reposaban apenas sus piecitos, que dejaba entrever la brisa de la mañana al jugar en los pliegues de su vestido. La otra seguía con más lentitud, retenida por un voluminoso paquete que contenía vestidos de baño, peinador y toallas.



—Bañero.... Hola! ... Bañero!

El se volvió, buscando á su rededor á quién podía dirigirse este llamamiento de una voz á la vez dulce y altiva. Estaba solo.

—Si no oye.... Bañero!

—¿Señorita?

—Eche usted su canoa al mar mientras me preparo. Deseo bañarme mar adentro. Y sin aguardar respuesta, desapareció, seguida de su sirvienta, en un gabinete particular cuya puerta le abrió ésta.

—Vamos, bueno.... Héme aquí transformado en bañero por lo pronto.... El hecho es que.... después de todo, ella ha podido equivocarse, agregó contemplando su vestido, y tomarme por uno de los empleados de este establecimiento, en el cual me he instalado como si fuera el dueño. Por consiguiente, es necesario decirle.... Vaya! después de todo, ¿de qué se trata? Conozco el oficio; lo he desempeñado muchas veces en servicio mío, y puedo también hacerlo por esa niña. ¿Conducirla mar adentro é impedir que se ahogue? Remo como uno de *los doce de Oxford* y nado como un terranova. Voy á servir de algo, cosa que no me sucede siempre, y cuando la haya conducido á tierra, me ofrecerá tal vez una moneda de plata.... Será la primera que haya ganado en mi vida.

Con brazo vigoroso levantó la canoa, la asentó sobre la quilla, y de un poderoso empujón la lanzó á las aguas; después colocó los remos, sacudió cuidadosamente el polvo de la banca y aguardó.

La puerta del gabinete se abrió y la joven apareció en el umbral, que un claro rayo de sol doraba. Estaba verdaderamente encantadora con su elegante vestido de baño. Sus lindos brazos blancos, un talle redondo y esbelto, bellos ojos oscuros, aterciopelados y rasgados, una boca risueña, dos deliciosos hoyuelos en las mejillas y abundantes cabellos castaños, graciosamente cubiertos con una toca negra, formaban un conjunto capaz de entusiasmar á un pintor. De lejos la contemplaba él encantado.

—Bañero!

—Todo está listo, señorita, le respondió, comenzando inmediatamente á hacer su papel.

—Está bien. Usted puede acabar de fumar su pipa; al aire libre eso no me molesta; mi padre fuma siempre en el terrado, dijo ella fijándose en el movimiento un poco embarazado con que él trataba de esconder en su bolsillo una enorme pipa ennegrecida.

—Señorita, yo no fumo nunca delante ... quiero decir que remando....

—Está bien, como usted guste.

Con una mano se apoyó en la borda del bote, aguardando á que él la ayudase á subir. El, un poco turbado, vacilaba. No se atrevía á tomarla en sus brazos, á estrechar aquel talle encantador.

—Sírvasse usted ayudarme.

Con precauciones infinitas, como si hubiera temido hacerla añicos en sus robustas manos, la levantó del suelo y la colocó suavemente en la banqueta; después, empujando vigorosamente con el pie la barca lejos de la playa, salvó de un salto el espacio que lo separaba de la delantera y cogió los remos con mano ejercitada.

—¡Qué fuerte es usted, y ágil!

—Es que nuestro oficio así lo exige, señorita.

—¿Hace mucho tiempo que es usted bañero?

—Nó....; es solamente hoy cuando lo hago aquí.... pero....

—¿Sabe usted remar, á lo menos?

—Oh! perfectamente.

—¿Y nadar?

—Como un pez, no tenga usted cuidado.

—No tengo miedo; sé nadar también; pero mi madre me ha recomendado que sea muy prudente. Ella se inquieta mucho por mí. Llegados ayer tarde, le he pedido permiso para bañarme desde esta mañana muy temprano. Ha consentido en ello, pero no sin trabajo.... ¿Es usted marinero?

—Según y cuándo, señorita.

—¿Cómo, según y cuándo?

—Quiero decir que nosotros sabemos oficios.... diversos. Así, continuó precipitadamente, anoche fuimos á pescar á San Maló, en alta mar; hace un mes cruzaba en un yate las costas de Irlanda. Usted ve, unas veces pescador, otras marinero...., otras bañero.

—Esa es una vida dura y triste.

—Absolutamente, señorita, se lo aseguro á usted. Así, hoy....

—¿Hoy?....

—Hoy, el tiempo está bueno, el mar tranquilo; es un verdadero placer.

—Sí, ¿pero en invierno?

—¿En invierno? Es verdad, hay también invierno; pero tenemos á Niza, á Cannes....

—¿Va usted á trabajar tan lejos de estas costas?

—Uno va adonde puede, señorita.

Después de un instante de silencio, ella replicó:

—Yo también adoro el mar; me gustan las largas excursiones. Muy pronto debemos hacer una hasta Noruega á bordo de aquel lindo yate que está anclado cerca de San Servan.

—¿El del señor Villiers?

—¿El yate?

—Sí señorita, lo he visto; es un bonito velero.

—Y el señor De Villiers es un marino excelente.

—Es probable.

—El lo dice, por lo menos. Partiremos con algunos amigos, mi padre, mi madre y yo, y estoy muy contenta de este viaje. ¿Conoce usted las costas de Noruega?

—Sí, señorita, he tenido ocasión de visitarlas.

—¿Como pescador?

—Ciertamente.... Pescábamos también....

La barca se deslizaba sobre las aguas dirigida por hábil mano; la playa desaparecía lentamente; por encima de la playa las verdes colinas destacaban sus siluetas. El agua, transparente y azul, se extendía en nacaradas olas.

—Detengámonos. Voy á botarme al agua aquí y á nadar hacia la orilla. Sígame con la barca sin alejarse.

—Cuenta usted conmigo, señorita.

Ligera y graciosa, se deslizaba en el agua, jugando con las olas, que mecían suavemente su cuerpo esbelto y flexible.

El no perdía de vista uno solo de sus movimientos. Se sentía invadido de un encanto extraño. No era, sin embargo, la primera vez que los azares de su variada vida lo ponían en presencia de una mujer joven y bella. Su memoria fiel le re-

cordaba otras seductoras que él había amado ó creído amar. No estaba enamorado de ésta, á quien conocía hacía apenas media hora; pero lo extraño de su situación, el aire puro y vivificante de la mañana, el paisaje que los rodeaba, aquella suave brisa de estío en el hermoso mar, le hicieron caer en una especie de embeleso, cuyo fin entreveía con pena. ¡Con cuánta gracia nadaba! ¡Cuán flexible era su cuerpo encantador! ¡Qué bellos ojos y qué franca sonrisa! ¿Era, pues, aquélla una joven? Había encontrado muchas en la sociedad que su nombre y su fortuna le hacían frecuentar; pero tímido cerca de ellas, sólo se acercaba á las mujeres de edad, huía de las jóvenes, porque el matrimonio lo aterraba.

De repente la vio detenerse; sus brazos luchaban con el agua, sobre la cual parecía sostenerse con esfuerzo; quería llamar, las fuerzas le faltaban, su mirada era de súplica, el agua la arrastraba. En un instante se despojó de su blusa, arrojó su sombrero y en algunas braceadas estuvo cerca de ella.

—No hable usted. Apoye su mano derecha en mi hombro; tome usted aliento y nada tema.

Ella obedeció sin decir nada; apoyó la ligera mano en aquel hombro vigoroso, se mantuvo á flor de agua, respirando con más facilidad; su pecho jadeante levantaba á intervalos más regulares la ligera tela que cubría su gracioso busto.

—He tenido mucho miedo, dijo por fin.

—¿Le ha pasado yá, no es así? ¿Qué ha tenido usted?

—Un desfallecimiento repentino. Me sentía hundir y no podía evitarlo.

Mientras tanto la barca abandonada se internaba más en el mar; el viento la impelía y la marea la arrastraba. El lo veía, pero no se atrevía á decirlo, temiendo aumentar su susto. Se encontraban á distancia de cerca de un kilómetro de Dinard; la barca distaba apenas 100 metros de ellos, pero se alejaba cada vez más. Para alcanzarla era necesario aumentar todavía la distancia que los separaba de la playa, ¿y si no la alcanzaban? No había nadie en la playa, ni una embarcación en el mar, ningún socorro que aguardar. Tomó resueltamente un partido.

—Nuestra canoa nos dice adiós. ¡Buen viaje!

—Pero eso es aterrador. ¿Qué haremos? De ningún modo podré nadar hasta Dinard. Oh! Dios mío, Dios mío!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, su mano se crispó sobre el hombro del joven, paralizadas sus fuerzas y sobrecogida de terror.

—Valor. Yo no la abandonaré. En menos de una hora estaremos en tierra firme; pero es preciso tener calma, y sobre todo obedecerme.

—¿Qué debo hacer?

—Extenderse en el agua, junto á mí. Bien. Apoyar su mano en mi hombro.... más arriba, cerca del cuello, para no impedirme el movimiento; alargar el otro brazo, abrir la mano y cerrar los dedos para mantenerse en el agua. Muy bien, y por ahora.... ni una palabra.

Trazando en el agua, que su nervudo brazo hendía, un surco profundo, arrastraba consigo aquella carga ligera que se dejaba llevar dócilmente y que seguía sus instrucciones con confianza. Seguro de sí mismo y de sus fuerzas, estaba feliz y orgulloso de sentirla allí, tan cerca y tan dependiente de él.

—Usted debe de estar muy fatigado, le dijo ella después de un largo intervalo de silencio.

—Yo? No.... ¿Pero usted? Cambie usted de posición, para que el brazo no se le adormezca.

Ella le obedeció. Sin movimientos bruscos, sin esfuerzo alguno aparente, él prosiguió; su respiración poderosa y regular levantaba su pecho y parecía que la pequeña mano blanca y delgada duplicaba su vigor.

—Tenga usted cuidado, yá llegamos á tierra.

Ella quiso enderezarse, pero tambaleó al choque de una ola. Enlazando su talle con el brazo, la levantó del agua y la condujo como una niña hasta la puerta de su gabinete, en donde la sirvienta, asustada, lloraba y reía á un mismo tiempo.

—Y ahora, vístase usted pronto.

—No antes de haber dado á usted las gracias. Usted me ha salvado la vida, señor. Usted es tan bueno como fuerte... y valiente.

Ella le tendió la mano, que él estrechó en la suya.

—Hasta luégo!

—Hasta luégo, murmuró él alejándose.

II

Pablo D'Elorn tenía treinta y dos años. Descendiente de una antigua familia bretona, huérfano desde niño, educado bajo el cuidado de una tía, llena de las preocupaciones de su raza y de su sangre y que habitaba un antiguo castillo cerca de San Maló, Pablo D'Elorn había vivido hasta los veinte años la vida monótona de la pobre y triste Bretaña. Y sin embargo, era rico. Su padre, armador de San Maló, nido de corsarios, donde la nobleza de otro tiempo no creía degenerar pirateando en el mar yendo al alcance de las pesadas embarcaciones holandesas, de los galeones de España y de los bajel-les ingleses, le legó una fortuna considerable fundada por sus antecesores, y que su tía administró prudentemente, dejando acumularse los intereses. El cura de la aldea le enseñó un poco de latín, de francés y de historia, hasta el día en que entró en un seminario en San Maló. Hizo allí buenos estudios y salió medianamente informado de la antigüedad, no poco ignorante de la vida moderna é impaciente por colmar los vacíos que sentía en su educación. Robusto como un bre-tón de raza antigua, valiente como lo son todos ellos, habi-tuado desde la infancia á divertirse en el mar, que es un rudo maestro, se encontró á los veinte años, por la muerte de su tía, con facultad de disponer de su vida á su deseo, rico y sin ningún lazo de familia. Partió para París, en donde el nombre de su padre le hizo ser bien acogido por los hom-bres, y en donde su originalidad un poco agreste y su be-lleza física, su fortuna y sus cualidades de noble, le granjea-ron la estimación de las mujeres.

Vivió en París algunos años; gastó allí pródigamente sus rentas y las economías hechas por su anciana tía, mezclándose en todas las sociedades, orillando todos los abismos, pero pre-servado por su orgullo nativo de las caídas de que nadie se levanta.

Se dijo y se creyó que estaba muy enamorado de una bella y elegante viuda; absorto por esta pasión, que sus amigos calificaron de seria en esta vez, de repente, sin que hubiera podido adivinarse por qué razón, solicitó y obtuvo licencia de partir como voluntario bajo las órdenes del almi-

rante Courbet para los mares de China. A las preguntas que se le hicieron, respondió que tenía nostalgia del mar, el deseo de ser útil y una viva necesidad, enteramente bretona, de ensayar en los enemigos de su país el vigor de su brazo.

No confesaba sino la mitad de la verdad. Lo que no decía, era que se sentía cogido en las redes de una coqueta vanidosa, quien se enorgullecía de haberlo encadenado, y se cuidaba menos de su amor que de sus homenajes. El supo volver en sí á tiempo, adivinar los sufrimientos que el porvenir le reservaba, y libertarse de ellos por un esfuerzo de voluntad. Cansado de amores sin objeto, deseaba más y mejor, aspiraba á colmar el gran vacío de su corazón, á ser amado como él era capaz de amar, porque él sería *él* y ella sería *ella*. Bajo su apariencia correcta y fría, bajo la perfecta cortesía de sus maneras, ocultaba un corazón ardiente, capaz de consagrarse enteramente á una mujer que lo comprendiera y lo amara.

Desgarrando la túnica de Neso que lo cubría y en la cual dejó los pedazos sangrientos de su corazón, partió para el otro extremo del mundo. Al contacto del aire del mar, sus heridas morales se cicatrizaron; en la lucha con los peligros olvidó las sonrisas de la coqueta. Las costas de Formosa se prestan poco á sueños sentimentales; el olor acre de la pólvora disipó el recuerdo de los perfumes espirituosos y despertó sus instintos guerreros de bretón. Cumplió con su deber resueltamente y se distinguió por su valor y sangre fría. Condecorado, puesto en el orden del día de la flota, entró en Francia, concluída la guerra, curtido por el aire del océano, fuertemente templado en lo moral como en lo físico, capaz de afrontar, sin temor, una batería enemiga ó dos bellos ojos de mujer. Y sin embargo, había bastado la mirada de una joven desconocida para turbar su corazón. Aquella mirada, ya altiva cuando le daba la orden de armar la canoa, ya dulce y apacible cuando conversaba con él, suplicante y muda en el momento del peligro, llena de confianza cuando llevaba á la joven en sus brazos; aquella mirada lo perseguía. Ella le había dado mucho más y mejor que una moneda de plata, cuando, tomándolo por un simple marinero, le tendió la mano vacía diciéndole que era tan bueno como fuerte y valiente, y agregando: "Hasta luégo."

“Sí, hasta luégo,” murmuró él alejándose á pesar suyo. Después, con paso rápido, se dirigió hacia la ensenada de la Rance, llamó una embarcación y volvió á San Maló.

Dos horas más tarde, Elena Darcy, acompañada de su padre, se dirigía al establecimiento de baños de Dinard, cuyo propietario seguía, con auxilio de su catalejo, los movimientos de un bote que remolcaba al puerto una embarcación vacía.

—No comprendo, dijo, saludando á sus visitantes. El mar está tranquilo, no hizo viento anoche, y sin embargo, al llegar aquí, he alcanzado á ver una de mis canoas en fuga. Temo un siniestro. ¿Algún bañista poco experimentado no habrá puesto la embarcación en el agua y no habrá desaparecido, arrastrado mar adentro?

En pocas palabras el señor Darcy lo puso al corriente de los acontecimientos de la mañana.

—Ah! usted me saca de cuidado. Pero á esa hora no debía estar aquí ninguno de mis empleados. Vamos á cerciorarnos de ello. ¿Usted reconocerá bien, señorita, el marinero que la condujo?

—Sí, ciertamente, respondió ella ruborizándose un poco.

—Así lo espero, agregó su padre, porque intento recompensar generosamente un servicio semejante.

—Eso basta, replicó el dueño del establecimiento; el que lo haya prestado, se presentará bien pronto. Esos mozos son valientes y abnegados, verdaderos terranovas en el mar, pero un poco jactanciosos en tierra, y las muchachas bonitas de San Maló no desdeñan un novio que tiene dinero en el bolsillo y que puede comprarles algunas cintas.

Elena volvió la cabeza. La embarcación se acercaba. Un hombre saltó á tierra. De una rápida ojeada ella se cercioró de que no era él.

—Hola, Pedro. Lláma á tus compañeros para acá.

Cuatro marineros respondieron al llamamiento.

—No lo veo, dijo ella.

—Entonces estoy desorientado. No tengo más boteros en el establecimiento. ¿Cómo era el suyo?

No sin alguna perplejidad, Elena hizo la descripción del desconocido.

—No lo conozco. Tal vez algún pescador de Dinard que

habrá aprovechado la ocasión de ganar dinero á expensas suyas y.... mías, replicó el dueño de la casa de baños, receloso de que se le hubiera podido privar de una ganancia legítima.

—Oh, no; porque él no me ha pedido nada, y cuando salí de mi gabinete, había desaparecido.

—Usted lo volverá á ver, esté segura de ello; él sabrá muy bien hallarla. Dentro de poco tiempo usted se encontrará con él, como por casualidad, y no habrá perdido nada con aguardar.

—Elena, vamos á dar una vuelta por la aldea. Creo yo también que tu salvador no está lejos y que lo veremos en el puerto.

Sus pesquisas no tuvieron éxito, y cuando Elena y su padre volvieron á la quinta, la joven pensativa se preguntaba en dónde podía estar y quién podía ser aquel desconocido que se creía suficientemente recompensado con una palabra de agradecimiento.

III

El 17 de Julio, una animación inusitada en aquella época del año, reinaba en el puerto de San Servan. Al pie de la torre Solidor, un lindo yate, de forma elegante, se balanceaba ligeramente sobre las olas como un ave marina pronta á alzar el vuelo. Sus banderas desplegadas flotaban al soplo de la brisa que levantaba las velas á medio izar. Los cables tendidos rechinaban; en el puente los marineros recogían el ancla al sonido melancólico de su monótono canto. Un vaivén de canoas traía y llevaba visitantes rezagados. Los pocos bañistas y los rentistas ociosos de la población se agrupaban en el muelle para ver la partida del *Petrel*, el yate del señor De Villiers, que se aprontaba para una excursión á las costas de Noruega. Una ligera columna de humo sobre la proa, seguida de una detonación repercutida por los antiguos muros de la torre y del fuerte, anunció el momento de la partida. En un abrir y cerrar de ojos, de alto á abajo, el yate se cubrió de grandes velas blancas como las alas de un gigantesco pelícano; se inclinó suavemente, impulsado por el viento y, libre, en fin, trazó un ligero surco en las azules aguas de la Rance.

—Buen marino este señor De Villiers, exclamó un viejo capitán que observaba, como conocedor, las maniobras del

yate. Esa es una buena jugada. No han transcurrido en mi reloj más de cuarenta segundos entre la levada del ancla, el cañonazo y la marcha.

—¿Qué era lo que decías, Juan, de que el señor De Villiers es un marino de agua dulce?

—Pues ciertamente, no es él quien ha dirigido esa maniobra. Debe de haber á bordo alguno que entienda de eso.

—Y, ¿quién entonces? Todos nuestros marinos están en la pesca del bacalao desde hace dos meses, no hay aquí sino el viejo Sergio que sea capaz de evoluciones semejantes, y está en cama, de modo que ha tenido que ceder el mando de la *Mariana* á su hijo.

—Se me ha dicho, dijo un tercer interlocutor, que ayer el señor de Villiers contrató como segundo, á un marino de San Maló.

—¿Quién es?

—No sé su nombre. Lo divisé esta mañana, pero no pude ver su cara á causa de su *surouet*; un hombre alto, bien formado, y que tiene aire de mozo resuelto.

—En todo caso, entiende bien el oficio.

Describiendo una curva, el *Petrel* contorneó el Gran Bey, donde se levanta en su altivo aislamiento el mausoleo de Chateaubriand; después, dejando á su izquierda á Lezambra, la de las poéticas leyendas, la Conchée, islote rocalloso que corona un fuerte incesantemente azotado por las olas, desapareció entre los rayos de oro del sol poniente.

El *Petrel* estaba admirablemente aparejado. Todo lo que el lujo moderno puede acumular, en materia de comodidades, en un espacio reducido, se encontraba reunido en el gracioso comedor, en el saloncito estucado, amueblado con cómodos divanes, en los camarotes ingeniosamente provistos de hamacas en las cuales se podía desafiar el vaivén del navío. En el puente silleas y mecedoras de abeto de Noruega invitaban al reposo bajo la sombra de las grandes velas extendidas, al murmurio de las olas, al soplo ligero de la brisa.

Se decía que el señor De Villiers era muy rico. Lo había sido, en efecto; pero su fortuna no se había encontrado á la altura de sus caprichos. Ligado á la alta aristocracia inglesa, demasiado original en sus gustos, había aprendido en buena

escuela el arte de gastar sin contar. Los caballos, las carreras, los yates, el juego, las apuestas excéntricas y otras muchas cosas, no le habían dejado sino un modesto patrimonio, cuyos restos consumía alegremente, confiado en hacer un matrimonio de conveniencia para reparar la obra de un tempestuoso celibato. La casualidad le había hecho encontrar en casa de una de sus tías al señor y la señora Darcy y á su hija.

A pesar de su despreocupación, no había podido absterse de admirar á Elena Darcy, y su admiración se convirtió en entusiasmo cuando supo que el señor Darcy poseía una fortuna considerable; que Elena era hija única, y que además debía heredar á una tía viuda, sin hijos y casi tan rica como ella.

Había trabado amistad con el señor Darcy. Sus cumplimientos para con la madre, sus delicadas atenciones para con la hija, á quien no creía alejar con una confesión demasiado pronta, sus maneras distinguidas y su talento natural habían hecho lo demás. Admitido en la intimidad de la familia, sentía aproximarse la hora en que su pregunta encontraría, de parte de los padres, una acogida favorable.

Faltaba la de Elena. Pero él se decía que Elena, como hija sumisa y obediente, aceptaría la elección de sus padres, y, ciertamente, la actitud de la joven no era para desalentarlo. Ella no había interrogado su propio corazón. Estaba agradecida al señor De Villiers por sus atenciones y por su silencio. Este silencio era elocuente. Se sentía solicitada por él, y no le desagradaba ser solicitada así. En el fondo del corazón, ¿qué mujer desprecia á un hombre porque la ame? ¿Qué mujer, no amando á otro, no lo perdona? Elena no amaba á nadie más que á su padre y á su madre, y en la página todavía blanca de su corazón, el señor de Villiers trataba de grabar poco á poco su nombre. La excursión del *Petrel*, resultado de sus sabias combinaciones, tenía por objeto adelantar aquellos asuntos y apresurar el matrimonio. Un viaje de algunas semanas, sin concurrencia enfadosa, porque él había elegido hábilmente sus convidados, la intimidad obligada que crea la vida de á bordo, su papel de anfitrión y los obsequios que este papel trae consigo, aseguraban de antemano á su amor propio un triunfo que deseaba tanto más, cuanto que estaba enamorado y que este triunfo satisfacía á la vez su interés y su pasión.

Sentada en el puente, Elena seguía con la vista la estela del *Petrel* y las costas de Francia, que se desvanecían en un lejano horizonte de púrpura. Sus compañeros de viaje conversaban en la proa, agrupados indistintamente, según su capricho. Una brisa ligera jugaba con sus cabellos; el mar estaba tan azul, el cielo tan puro, que involuntariamente se apoderó de ella una agradable languidez; sus ojos se cerraron lentamente.

Cuando los volvió á abrir, creyó soñar. Recostado en un parapeto, un hombre, un marino, la contemplaba con una expresión tál, que se sintió turbada. El volvió los ojos, y con voz breve dio una orden que fue inmediatamente ejecutada; después, fingiendo no conocerla, desapareció. Sin embargo, ella no podía equivocarse, era el mismo desconocido de Dinard. ¿Por qué se alejaba? ¿Por qué mirarla de aquel modo y huír de ella? ¿Dudaba de su gratitud y de la generosidad de su padre? Esta última suposición la intranquilizaba. ¿Sería demasiado orgulloso para aceptar una dádiva? ¿Se creía suficientemente recompensado con su gratitud? O bien, ¿era ella víctima de una alucinación extraña? Quiso salir de la duda.

La campana llamó á los pasajeros al comedor; ella fue y tomó asiento cerca de su padre. En uno de los extremos de la mesa, quedó un asiento vacío.

—¿A quién aguarda usted, De Villiers? Me parece que estamos todos, preguntó sir Henry Drummond, uno de los convidados, contemporáneo y amigo del señor Darcy, cuya esposa, sentada á la izquierda del señor De Villiers, conservaba todavía en el ocaso de su juventud, señales de haber sido en otro tiempo una belleza célebre.

—Había hecho reservar este asiento á mi segundo; pero ha contestado mi cortesía con otra igual, rogándome que lo excusase y suplicándome que lo dejase tomar sus comidas solo, después de nosotros. Alega que, estando yo ausente, su presencia en el puente puede ser necesaria. Es probable que se hubiera encontrado embarazado con nosotros.

—Y ha tenido razón, dijo sir Drummond. A bordo de los yates ingleses se acostumbra admitir al segundo á la mesa del capitán; pero, cuando hay señoras, el segundo da poca importancia á este privilegio. El de usted preferirá comer y sobre todo beber solo.

—Me ha hecho buena impresión, dijo el señor Darcy, y parece que entiende su oficio.

—Es un buen marino, respondió con indiferencia el señor De Villiers; y además yo estoy aquí para suplir, en caso de necesidad, su poca práctica en los parajes que vamos á visitar. He hecho yá dos viajes á las costas de Noruega.

—¿El no las conoce? preguntó Elena.

—Me ha dicho que ha pasado por allí.

—¿Como pescador?

—Pescador ó marinero, no sé bien. En todo caso, entiende la maniobra, y es lo esencial.

—¿Cómo se llama?

—Delorn.

—He oído hablar en París, replicó el señor Darcy, de un señor D'Elorn, noble bretón muy conocido y muy obsequiado, voluntario en China, condecorado y héroe de varias aventuras románticas.

—Este se llama Delorn, no D'Elorn; es marino, no tiene nada de noble ni de héroe de novela. Desembarcado, la víspera de nuestra partida, de un buque de pesca, se presentó á ofrecerme sus servicios; respondió con inteligencia á mis preguntas, me presentó certificados excelentes y aceptó mis condiciones. No sé nada más de él.

La conversación tomó otro giro. Elena había escuchado con atención, pero sin recoger ningún indicio capaz de hacerle saber lo que deseaba. Probablemente se engañaba: aquel jefe de tripulación se parecía á su desconocido, pero no era él. ¿A qué conducía además preocuparse por un incidente? No podía dejar de pensar en eso. Más de una vez, en sus sueños, le había parecido descansar su mano sobre aquel hombro vigoroso, sentirse arrastrada sobre el agua al esfuerzo de aquellas poderosas brisas, oír aquella respiración igual, aquel aliento libre y poderoso que le infundía ánimo. Lo veía de pie en la playa, semejante á una estatua de mármol bañada por el agua, resistiendo al choque de las olas, llevándola hasta su gabinete y colocándola suavemente en el pavimento. Se sonrojaba pensando en eso, y se decía que si su padre pagara su deuda de gratitud, ella dejaría de preocuparse más.

Al día siguiente se levantó temprano y subió al puente

que los marineros acababan de secar. La primera persona á quien vio fue á Delorn. De pie en la popa, vigilaba el trabajo de los marineros. Al verla, se inclinó y le presentó una mecedora.

—Siéntese usted, señorita; aquí nadie la incomodará.

—Gracias, señor.

El se alejaba; ella lo detuvo con una señal.

—¿Qué tiempo tendremos hoy?

—Bueno. El viento sopla del Sudoeste, el mar está tranquilo; llevamos buena dirección.

—Señor Delorn, ¿no me conoce usted?

—Sí, ciertamente, señorita, respondió sonriendo.

—Entonces, ¿por qué fingió usted ayer no acordarse de mí?

—No sabía si usted misma me reconocería. ¿Cómo podía yo autorizarme por un encuentro imprevisto para hablarle á usted y recordarle un percance que usted preferirá tal vez olvidar?

—Un servicio semejante no se olvida, y mi reconocimiento por el que me ha prestado usted, el de mis padres....

—Si he tenido la fortuna de merecer el suyo, señorita, hágame usted el favor de no decir á sus padres que es á mí á quien debe ese tan pequeño servicio. Usted me ha pagado cien veces, al decirme gracias y tenderme la mano.... como á un igual.

Elena lo escuchaba con una emoción extraña. La voz dulce y melodiosa de Delorn acariciaba blandamente su oído. El la miraba, y en sus ojos volvió ella á encontrar la mirada que había sorprendido la víspera al salir de su somnolencia.

—Haré lo que usted desea, aun cuando no comprendo por qué la gratitud de los míos sería á usted.... penosa.

—¿Está usted bien segura, señorita, de no comprenderlo?

—Sí.... tal vez....; pero me sería tan fácil evitar á usted....

—Tengo su promesa; gracias.

Lady Drummond interrumpió la conversación. Delorn se alejó algunos pasos, llamó á un marinero é hizo lanzar la corredera.

—¿Con quién conversabas, querida mía? preguntó en inglés á Elena.

—Con el segundo, respondió ella, en inglés también, que hablaba con facilidad.

—Ah! ¿ese señor Delorn de quien se hablaba ayer? Tiene buena apariencia, agregó, sirviéndose de sus gemelos; si tuviera otro vestido, uno podría equivocarse y tomarlo por un completo caballero.

—Lady Drummond....., ¿no teme usted que él oiga y comprenda?

—¿El? ¿Acaso sabe inglés?

—Lo ignoro; pero podría suceder.

—No lo creo. Por otra parte, es fácil cerciorarse de ello.

—¿Señor Delorn?

—Señora.

—¿Entiende usted el inglés?

—Sí, señora.

—Ha entendido y comprendido usted lo que yo decía á la señorita?

—Ciertamente.

—Señor Delorn, pido á usted mil excusas, mi intención no era ofender á usted.

—No lo dudo, señora. He tomado la observación de usted por un cumplimiento.

—Y, considerándolo todo bien, ese es uno, agregó riendo lady Drummond. Señor Delorn, hágame usted el favor, para probarme que no me guarda rencor, de acompañarnos algunos instantes más. ¿En dónde aprendió usted el inglés?

—En distintas partes, en Inglaterra....., después en la India.

—¿Ha viajado usted mucho?

—Naturalmente.

—Es verdad, puesto que esa es su profesión. ¿Le gusta el oficio de marineró?

—Mucho, señora; pero pocas veces me ha sucedido ejercerlo en condiciones tan agradables como ahora.

—Sir Charles Grandisson....., por mi palabra! ¿En dónde ha aprendido usted á decir cumplimientos?

—Aquí, señora, y cerca de usted. Pero tengan ustedes la bondad de excusarme, el viento cambia, es necesario variar las amuras.

Se inclinó para despedirse, y en el resto del día Elena no tuvo otra ocasión de cruzar una palabra con él.

IV

Favorecido por un buen viento, el *Petrel* llegó rápidamente al mar del Norte. Dejando á la derecha las playas bajas y arenosas de Dinamarca, costeaba la Noruega, en cuyas tormentosas costas, tapizadas de musgo, cortadas por pequeñas ensenadas, se elevaba de vez en cuando alguna iglesia de piedras rosadas, rodeada de humildes casuchas. A medida que adelantaban hacia el Norte, el aspecto del paisaje se modificaba. En la cumbre de las montañas la nieve brillaba bajo los rayos del sol; los lejanos bosques, de un verde sombrío, las florestas de abetos visibles, al través de las anchas gargantas, los fuertes de fantásticos contornos, y sobre todo aquellos días interminables durante los cuales el sol apenas desaparecía para volver á brillar en el horizonte, la luz blanca y pálida difundida en la atmósfera, daban á aquella naturaleza septentrional la apariencia de un país de fantasmas entrevisto en sueños.

El tiempo y el aislamiento de la vida de á bordo habían tenido el resultado de costumbre. Los pasajeros del *Petrel* se juntaban en grupos según sus afinidades, las simpatías se aumentaban, las antipatías se disimulaban bajo las formas perfectas de la urbanidad de la gente educada. Elena había adquirido mucha confianza con lady Drummond, quien encontraba un grande encanto en la sociedad de la joven; gustaba mucho también de la de Delorn, cuya conversación habitualmente franca, y su condescendencia un poco altiva, la hacían buscar su compañía. Decía que la divertía mucho. No había visto hasta entonces marino como él, porque marino era, sin disputa, y de los mejores. No se le escapaba un solo signo relativo al tiempo; adivinaba los cambios del viento y conducía el *Petrel*, sin vacilar, por los desfiladeros más estrechos de las innumerables islas que cercan las costas de Noruega. Un poco celoso de la competencia náutica de su segundo, que no le dejaba ocasión de dar pruebas de su ciencia, el señor De Villiers no lo estaba menos de lo que él llamaba la fatuidad de lady Drummond; pero cuando trató de hacerle burla á este respecto, lady Drummond contestó con lo que su marido lla-



maba su aire de gran señora, de manera que el señor De Villiers no volvió á la carga.

—Querida mía, dijo una tarde que se encontraba con Elena en el puente; la vida de á bordo tiene de bueno que nos permite conocer á las gentes en quince días mejor que en diez años en tierra. Si tuviera todavía los veinte años que hace mucho tiempo no tengo, pediría á mis padres que equiparan un yate é invitaran á los pretendientes más adecuados para pasearnos un mes ó seis semanas por los mares del Norte. Estaría segura así de hacer buena elección.

—¿Y á quién elegiría usted, lady Drummond?

—A mi marido, por supuesto, señorita, porque yo he tenido buena mano, y evidentemente sir Henry ha sido criado y puesto en el mundo para mí, eso salta á la vista. Pero yo no elegiría al señor De Villiers. ¿Sabes, querida mía? soy vieja y he tenido siempre la costumbre de decir todo lo que se me ocurre; pues bien: entre el señor De Villiers y el señor Delorn no tendría que pensar mucho para elegir.

—¿Un marinero, lady Drummond?

—No precisamente. Hay marineros y marineros. Este no bebe, no jura, no grita. Cuando está con nosotras tiene el aire tímido de una señorita; cuando dirige la maniobra, habla como amo, y sus gentes le obedecen sin decir palabra. Además es cortés, atento y, lo que no le perjudica en nada, tiene tan buena figura como la de sir Henry á su edad. En fin.... lo creo generoso y bueno.

—Eso.... sí.

—¿Qué piensas de él, hija mía?

—Lo mismo que usted.

Lady Drummond no había sido la única que se infatuara con su marinero, como lo llamaba. El señor Darcy también lo estimaba y pasaba un gran rato todas las tardes conversando con él. Todo lo relativo al mar le interesaba sobremanera, y se hacía contar por Delorn aquellas historias de á bordo sobre los enamorados de otros tiempos, que se transmiten como tradición, y que los marineros escuchan ávidamente, no obstante haberlas oído mil veces. Una noche, ó más bien una tarde, porque, aunque eran más de las diez, el sol descendía apenas en el horizonte, el *Petrel* costeaba la montaña de las

Siete-Hermanas, inmensa roca de granito que se eleva á más de 1,000 metros sobre el nivel del mar. A la izquierda se levantaba la isla de Torghatten. El señor Darcy y Delorn platicaban en el puente.

—Si usted quisiera avisar á las señoras, dijo Delorn á su interlocutor, podrían ver un sitio curioso, con el cual se relaciona una antigua leyenda escandinava.

El señor Darcy se apresuró á llamar á sus compañeros. Después de haber consultado al señor De Villiers, quien le respondió con bastante sequedad, Delorn dio orden de disminuir el velamen y de rodear más cerca la isla de Torghatten. El yate se adelantó con lentitud. A la izquierda se erguía, á algunas brazas de distancia, una alta muralla de rocas.

—Miren hacia este lado y aguarden.

Después, volviéndose á los marineros inmóviles en su puesto:

—¡Atención!... y trabajen unánimemente. La barra á estribor... Carguen todos.

El blanco velamen desapareció; obedeciendo al impulso dado, el *Petrel* describió una curva.

—¡Fondeen!

El ancla se deslizó rápidamente en el agua, y el *Petrel* se detuvo. Ninguno de los pasajeros pudo contener una exclamación de sorpresa á la vista del maravilloso espectáculo que se descubrió de repente. Delante de ellos se abría un pasillo gigantesco y sombrío que atravesaba la isla entera. Más allá se alcanzaba á ver el horizonte, purpurino por los rayos del sol poniente, islas fantásticas teñidas de rosa y de lila, un paisaje de matices suaves sumergido en la inmensidad de las olas. Después el disco del sol apareció en la extremidad inundando con su pálida y vaporosa lumbre la inmensa caverna, hundiéndose en el mar, en el cual sus últimos rayos sembraban de ópalos la cresta de las olas.

—Y ahora, escuchemos la leyenda, dijo el señor Darcy sentándose en el puente. Todos se agruparon á su rededor.

—El señor Delorn tiene la palabra.

* * *

“ Los pescadores escandinavos cuentan que hace muchos

siglos un jefe rico y poderoso reinaba en la isla de Leko. No tenía sino una hija, Edda, de gran hermosura, y de quien estaba más orgulloso que de todas sus riquezas. El jefe de la isla d'Hertmende vio á esa bella virgen y se enamoró locamente de ella. La pidió á su padre, y el padre le dijo: 'Aguárda todavía un año, y si mi hija te ama, serás su esposo.' Edda se lisonjeaba de estar pedida por aquel gran jefe; estaba orgullosa de su belleza y del poder de su padre, y fingía no advertir el amor de Setsö, joven pescador que no tenía otra fortuna que sus redes y su canoa. Setsö amaba á Edda más que á su vida, pero no se atrevía á decírselo. Hábil en el arte de manejar su barca de piel de morsa, había sido elegido por el jefe para acompañar á Edda en sus excursiones por mar. Cuidaba de ella, feliz con obedecerla y contemplar su rostro, con oír su voz, más dulce que el murmurio de las olas ó el canto de las aves. Este grande amor de Setsö conmovió el corazón de Edda, pero no contribuyó sino á hacerla más altiva y dura con el pobre pescador, que sufría y callaba.

“Una mañana Edda hizo decir á Setsö que quería visitar la isla de Torghatten. Lo cual lo regocijó, porque la distancia entre Leko y Torghatten es larga, y Setsö gozaba con la idea de pasar largas horas cerca de aquella á quien amaba. Partieron. El tiempo estaba bueno, el mar tranquilo. Edda nunca había parecido tan bella á Setsö; Setsö nunca había hecho volar sobre las aguas, con mano tan segura y brazo tan vigoroso, su ligera canoa. Edda lo miraba.

—“Cánta, Setsö, le dijo.

“Y Setsö cantó:

‘La que yo amo es más bella que el sol de primavera. El sol deshace la nieve; la que yo amo reanima mi corazón con el suave rayo de sus ojos.

‘Cuando, luminosa y pálida, la aurora boreal aparece en el horizonte, sobre la nieve amontonada, se oye á lo lejos, en el silencio de la monótona soledad, un sonido indefinible, triste y dulce como el aleteo de un pájaro cansado. Así palpita mi corazón cuando la que amo aparece con su blanca vestidura, cuando contemplo su belleza y me embriago con su sonrisa.

‘La que yo amo es pura y fría como la nieve del Niborg,

cuya cima ningún mortal ha profanado. Pero si la que amo rodeara mi cuello con sus brazos, si sus labios rozaran los míos, y debiera yo, por tal beso, dar mi vida, la daría gozoso. Iría á coger para ella, hasta la cumbre del Niborg, la flor azul, símbolo del amor eterno, y la colocaría á sus pies antes de morir.

‘Edda es más bella que el sol que deshace la nieve, que la aurora misteriosa, que la flor azul del Niborg; pero Edda no sabe lo que es amor, y su delicado seno es más frío que la nieve de nuestros ventisqueros.’

“Setsö calló, y Edda vio lágrimas en sus ojos; bajó los suyos; los dos guardaron silencio, y en el tranquilo mar la canoa yacía inmóvil.

“Cuando Edda levantó la cabeza y miró á Setsö, brillaban relámpagos en sus ojos. De pie en la canoa, escudriñaba el horizonte. A lo lejos la bruma circundaba la isla de Leko; subía lentamente del mar, invadía la playa y franjeaba, convertida en ligera nube, las aristas de la montaña. Setsö comprendió. El viento soplaba; aquel viento del Norte, recio y furioso, que se lleva por delante los bancos de hielo, los hace entrechocar y los pulveriza sobre las agitadas olas. Yá no había tiempo de volver á Leko. Solamente la isla de Torghatten podía ofrecerles abrigo. ¿Llegarían allá?

“Bajo el esfuerzo poderoso de sus robustos brazos, la ligera embarcación se deslizaba como un pájaro que vuela por el aire. La seguían las irritadas olas, pero, más rápida ella, las aventajaba, estremeciéndose al impulso desesperado que Setsö le imprimía. Edda volvía la cabeza temblorosa para no ver las olas amenazantes; miraba á Setsö y esta mirada duplicaba sus fuerzas.

“Torghatten se levantaba delante de ellos. Ni una enseña donde guarecerse, ni una roca donde desembarcar; nada más que aquel pasillo largo, siniestro y sombrío. Setsö no vaciló en meterse allí; encorvado sobre los remos, hizo un esfuerzo tan poderoso, que lanzó un grito de dolor; después se detuvo. Edda tembló; detrás de ella saltaba el espumoso mar. Setsö, pálido, inmóvil y atento, aguardaba. Una ola enorme levantó la frágil barquilla, y engolfándose en aquella hendedura, la arrastró consigo. La isla entera tembló al choque. El agua mugiente se estrellaba contra las sonoras paredes del pasillo,

con un estrépito de trueno que el eco repercutía. Con un rápido movimiento, Setsö había atraído á Edda cerca de sí; su cabeza reposaba en el pecho jadeante del joven. En tan supremo momento, le parecía dulce sentir al rededor de su talle desfalleciente aquel brazo que lo estrechaba.

“La canoa saltaba sobre la cresta de las olas al impulso de éstas, en la oscuridad profunda de aquel infierno de agua, de tempestad y de ruido. Mil veces estuvo á punto de consentirse contra aquellos agudos peñascos; pero Setsö, con la mano acardenalada, ensangrentada, la volvía á lanzar siempre hacia la mitad de la furiosa corriente. Algunos minutos, que le parecieron siglos, transcurrieron así; después apareció un resplandor, el aire, el mar libre; las olas que se los llevaban consigo se desparramaron, anchas, desbordantes, con libertad. Setsö volvió á tomar los remos, y dirigiendo la canoa fuera de la corriente, fue á abordar á una ensenada. La isla los abrigaba de la tempestad; estaban salvados.

“Cuando Edda, medio desvanecida, volvió á abrir los ojos, vio á Setsö, de pie cerca de ella. En su mirada leyó todo su amor, y su corazón se estremeció.

—“Tú me amas, Setsö, le dijo con voz que lo hizo palidecer.

—“Más que á mi vida, Edda.

—“Setsö.... yo también te amo.

“El se arrodilló delante de ella, y con voz débil:

—“Voy á morir, Edda; se me ha roto el corazón dentro del pecho; pero muero feliz.... Por tanto, no iré á coger á la cumbre del Niborg la flor azul para colocarla á tus pies.... Edda.... dame un beso!

“Ella se inclinó hacia él, y en un prolongado ósculo aspiró el alma de su amado. La leyenda agrega que este fue el primero y el último que dio y recibió jamás la boca de Edda.”

V

Dos días después el *Petrel* anclaba cerca de las islas Loffoden, término de su viaje.

—Señor Delorn, ¿está usted libre hoy?

—Libre y á sus órdenes, lady Drummond.

—Está bien, y si la sociedad de una vieja no lo asusta á usted, le suplico tenga la bondad de acompañarme.

—¿La señorita Darcy acompaña á usted?

—No, respondió, sonriendo maliciosamente; si la señorita Darcy debiera acompañarme, me habría abstenido de hacer alusión á mi edad. Una mujer.... de edad madura, que acompaña á otra, joven, se hace joven también.... á los ojos de ustedes los hombres.

—Lady Drummond, tendré mucho gusto en acompañarla.

—Muy bien. Y ahora voy á contestar la pregunta que usted no me hace. La señorita Darcy está.... ¿cómo diré? Usted diría, un poco nerviosa, yo digo.... de bastante mal humor. Me gustan las gentes de carácter igual, como sir Henry Drummond, á quien nada hace salir de su placidez, ni aun la corte asidua que usted me hace. Después de almuerzo, si usted lo quiere, reclamaré su brazo.

Lady Drummond tenía razón. Desde hacía algunos días el humor de Elena era desigual y Delorn lo notaba. La veía á menudo, acompañada siempre de su madre ó de lady Drummond. Hasta entonces dulce y sencilla con él, se irritaba con frecuencia y se tornaba fría y un poco altiva, fingía escucharlo apenas, y no darse cuenta de su presencia. En raras ocasiones también parecía sentir sus desdenes, solicitar un mudo perdón, y Delorn sufría con esto tanto como con su frialdad. Atribuía estos cambios á un sentimiento de gratitud, cuyas huellas hubiera querido borrar por completo. Amaba á Elena con todo el ardor contenido de un corazón para el cual el verdadero amor es una intensa y profunda revelación. Perspicaz de ordinario, hábil en adivinar las astucias de que las mujeres se sirven para disimular sus sentimientos, dejaba de serlo desde que se trataba de ella. Si Elena le huía, deducía que su presencia le era desagradable; si fingía no verlo, se decía que no existía para ella, y que la aparente humildad de su estado provocaba el desdén de la joven; si se manifestaba sencilla y natural, atribuía su manera de ser á la bondad de su corazón y á su cortesía. El verdadero amor sincero es como la caridad, que todo lo disculpa, todo lo cree y todo lo tolera.

Delorn podía modificar esta situación con una palabra, pero él había jurado no pronunciar esa palabra sino hasta el día en que creyera haber conquistado el corazón de aquella á quien amaba. Quería deberse este amor á sí mismo. Sabía

bien que revelando quién era, allanaría los obstáculos principales que lo separaban de ella, que se levantaría al nivel del señor De Villiers, cuyas pretensiones adivinaba; pero de ahí al corazón de Elena existía para él un abismo. De sus errores pasados le había quedado cierta desconfianza, no de sentir, sino de inspirar amor, y su amor mismo aumentaba esta desconfianza. El amor sincero no es nunca presuntuoso; el hombre que ama se coloca voluntariamente á una altura inferior á aquella en que coloca á la mujer amada. Se siente pequeño delante del pedestal sobre que la eleva, humilde ante la superioridad moral que le atribuye, tímido ante la idea de la felicidad que aguarda de ella solamente.

Delorn no admitía, ni por un momento, que Elena pudiera ser caprichosa ó antojadiza. Del carácter femenino no le conocía sino los atributos más encantadores. Sufría porque amaba.

Elena, por su parte, se sentía turbada. Se reprochaba no haber dicho á sus padres que Delorn era el desconocido de Dinard. Este secreto le pesaba como un remordimiento y la encantaba como un placer prohibido; esta deuda de gratitud la abrumaba, y hubiera querido verla pagada por otros. La presencia de Delorn la turbaba; tan fácilmente la irritaba como la atraía. Trataba de olvidarlo, y se sorprendía de pensar en él.

Sin saber por qué, las atenciones del señor De Villiers se le hacían cada vez más desagradables. Temía el momento de una explicación en que le fuera preciso responder á su petición. Esta hora se aproximaba, ella lo sentía, y hubiera querido diferirla, ¿pero cómo? La perfecta cortesía de su huésped se lo impedía. Sabía bien que ni su padre ni su madre ejercerían sobre ella influencia alguna, ni tratarían de hacerle aceptar un marido contra su voluntad; pero preveía preguntas difíciles, una especie de examen de conciencia ante el cual retrocedía.

Lady Drummond era demasiado mujer y demasiado astuta para no haber adivinado una parte de la verdad; pero en su calidad de mujer simpatizaba más con los sufrimientos de Delorn que con las vacilaciones de Elena. Lady Drummond había sido feliz, y le quedaba un resto de ideas románticas

que solamente las tristezas y las desilusiones de la vida roban á su sexo. El amor de Delorn por Elena no había escapado á su perspicacia, y se decía que si Delorn amaba á Elena, la distancia social ó moral que lo separaba de la joven no era tan grande como las apariencias lo hacían juzgar. Sus conversaciones con Delorn la confirmaban en esta creencia. El no había podido engañar, por hábil que se creyera, á aquella mujer habituada á la sociedad de hombres distinguidos, y que encontraba en aquel marino la delicadeza de lenguaje y de sentimientos de una naturaleza superior. Adivinaba una novela, y las novelas no le desagradaban.

Después de una corta excursión por el pueblo, lady Drummond y Delorn se volvieron á encontrar solos en el puente desierto del *Petrel*. Sus compañeros de viaje habían salido para intentar la subida de una colina desde donde se divisaba una bella vista sobre las cimas luminosas de las islas Loffoden. Sentados en la popa del yate, los dos contemplaban el grupo de montañas, de un color rosa pálido, que se reflejaba en la superficie del mar, pulida como un espejo.

—Señor Delorn, dijo de repente lady Drummond, ¿por qué se ha hecho usted marino?

—Para ejercer una profesión útil.

—Lo entiendo; pero ¿por qué ha solicitado usted el mando del *Petrel*?

—Esta excursión me incitaba. Había visitado yá estos parajes y deseaba volverlos á ver.

—¿Nada más?

—¿No es eso suficiente?

—Para los otros, sí, pero no para mí. Señor Delorn, usted no lo dice todo.

—¿Qué otra cosa quiere usted que le diga?

—Pero.... usted debería decirme, por ejemplo, que está locamente enamorado de la señorita Darcy; que ha aprovechado esta oportunidad para acercarse á ella, verla todos los días; eso no me sorprendería absolutamente.

—¿Qué ha podido hacer creer á usted?....

—Bueno....; ustedes son todos lo mismo. Me parece oír á sir Henry Drummond, hace veinte años, cuando me decía: “Georgiana, ¿cómo ha podido adivinar usted que yo

la quería?" Pero yo lo sabía.... antes que él mismo....
 ¿Adónde lo conducirá á usted este amor?

—Lo ignoro. Uno no piensa en eso. .. Uno ama.

—La señorita Darcy es rica.

—Lo sé.

—¿Usted es pobre?

Delorn no respondió.

—Ese no es un crimen y usted puede confesarlo. Escúcheme, señor Delorn: me intereso por usted tanto como por Elena. Sir Henry tiene capitales considerables en una casa de Londres que hace un gran comercio con la India, y posee numerosos buques. Usted es buen marino. Puedo pedirle que le conceda el mando de uno de esos buques. El sueldo, y los intereses en el cargamento, suben á cerca de mil libras por año. Mi marido tiene á usted cariño y lo hará con placer. Acéptelo y declárese á la señorita Darcy.

—Señora, no se cómo dar á usted las gracias.... pero....

—¿Rehusa usted?.... Lo temía.

—La señorita Darcy no me aceptará.

—¿Qué sabe usted de eso? En cuanto á mí, creo que es no solamente el derecho, sino el deber de un hombre, cuando ama, decirlo. ¿Cómo quieren ustedes que las mujeres sepamos á qué atenernos? No nos es dado elegir, no tenemos sino el privilegio de rehusar ó aceptar. Ahora, ¿cómo podemos rehusar si no se nos pide? ¿Cómo aceptar, si no se nos ofrece nada?

Delorn se callaba.

—Señor Delorn, continuó ella, sospecho que siendo más joven, ha tenido usted una de esas.... relaciones femeninas...

—¿Qué es lo que se lo hace suponer, lady Drummond?

—Oh! sé de eso un poco. Sir Henry, antes de verme y de amarme, había tenido también una juventud un tanto borrascosa. El convino en ello.... más tarde, cuando yo encontré las huellas. Es curioso, vea usted, cómo el matrimonio nos aclara las ideas! Creo lo que le he dicho. Le ha quedado á usted, del pasado, desconfianza de sí mismo y de las mujeres. En lugar de seguir derecho su camino sin preocuparse por nada más que por proceder con sinceridad y franqueza, usted se pone á forjar intrigas, se pone un vestido

prestado que lo embaraza, lo disfrazo mal y le impide ser usted mismo. Agregaré, porque me siento en vena de franqueza, que lo que usted hace es mal hecho.

—Usted es severa.

—Es posible; pero es por su bien. Hay, á propósito de eso, un proverbio latino que sir Henry acostumbra citar, cuando reconviene á su sobrino. Señor Delorn, usted no me persuadirá nunca de que es quien pretende ser. Un marinero ó un equipador de buques, no se enamoraría jamás de Elena. No se ama lo que no se comprende. Esa clase de hombres no despertaría jamás su atención. Las mujeres no se preocupan sino por sus iguales ó sus superiores. Elena sabe que usted la ama.

—Yo no se lo he dicho nunca.

—¿Lo cree usted? Pero, mi querido, usted no hace otra cosa; solamente que lo hace de modo que ella no puede responder, y eso es lo que yo le censuro á usted. Usted se imagina que ella no entiende. En verdad, los hombres son sobremanera sorprendentes. Le relata usted leyendas noruegas arregladas á su antojo, según sospecho, y que son tan claras, que solamente los hombres no las comprenden. Su frialdad lo pone triste, su sonrisa hace brillar los ojos de usted, sus caprichos lo desesperan, y ¿se asombra usted de que yo haya visto que la ama? ¿Tiene usted derecho de turbar su corazón, de hacerse amar de ella, tal vez bajo un nombre supuesto, de seguro bajo un disfraz? Su deber es decirle: “Vea usted quién soy yo, lo que tengo y lo que quiero.” Lo demás le toca á ella.

—¿Lo demás?... pero eso es mi felicidad, es mi vida!

—Señor Delorn, dónde, cuándo y cómo ha conocido usted á la señorita Darcy? Usted la había visto antes de venir aquí; ¡no lo niegue!

Allí, de pie junto al muro, Delorn se confesó. Lo contó todo. Llevado por la necesidad de expansión, por la confianza que le inspiraba y la simpatía que le demostraba lady Drummond, relató su infancia, su juventud, sus errores, sus viajes, después su pasión por Elena. Sobre este asunto fue elocuente, sincero. Lady Drummond, conmovida, lo escuchaba con atención.

—¡Qué lástima que ella no lo oiga! Si ella estuviera aquí, ciertamente, usted no se explicaría tan bien. He notado que un hombre no tiene nunca un acento más apasionado que cuando habla á otra mujer de aquella á quien ama. En las conversaciones íntimas, el amor hace inteligente á la mujer más ordinaria; y al hombre más inteligente le hace estúpido. Más tarde, es verdad, cada cuál vuelve á encontrar su nivel.

—Y ahora que usted lo sabe todo, ¿qué me aconseja, lady Drummond?

—Eso es muy embarazoso. Con sus ideas románticas ha complicado usted la situación. El señor De Villiers está enamorado de Elena, no tanto como usted, lo que, sea dicho de paso, le da la ventaja de la sangre fría. Sus homenajes halagan probablemente la vanidad de Elena, quien se admira de que usted la ame y de no irritarse más por ello. De ahí esa desigualdad de humor que lo hace sufrir á usted, y esos arranques que lo sorprenden. Usted pretende no deberla sino á la libre elección de su corazón: sea, es peligroso, pero comprendo que eso halague su amor propio. Tarde ó temprano usted se verá obligado á hablar.

—¿Y si ella no me acepta?

—Entonces será que no lo ama como usted querría ser amado, ó que su orgullo es más poderoso que su amor. Es necesario ser buen jugador, mi querido señor Delorn, y, una vez hecha semejante jugada, aceptar las probabilidades de perderla. ¿Quién sabe si, después de todo, una feliz casualidad no será á usted más útil que todas sus combinaciones?

VI

Al amanecer del día siguiente, el *Petrel* se aprestaba para hacer rumbo hacia Edimburgo, costear á Escocia y volver á San Maló. El tiempo seguía bueno, pero el viento, siempre del Sur, obligaba al *Petrel* á costear largos trechos. Delorn, constantemente en el puente, vigilaba y ordenaba la manobra; de modo que no pudo cambiar una palabra con lady Drummond. Apenas podía ver á la señorita Darcy. Sentada cerca de su madre ó de lady Drummond, alejada del señor De Villiers, quien se veía obligado á fumar con el señor Darcy ó á conversar con sir Henry del último Derby ó de las carreras del verano. Varios días pasaron así.

Lady Drummond observaba á Elena de soslayo. Grave y tranquila, la joven aparecía á una nueva luz. A su humor desigual, á sus caprichosos cambios de carácter había sucedido una plácida serenidad. Cuando Delorn se aproximaba á ellas y se sentaba á su lado, la actitud de Elena no revelaba ninguna emoción; tomaba parte en la conversación; pero en sus ojos, casi constantemente fijos en su labor, no se leía turbación ni curiosidad. Delorn estaba desesperado.

—No me ama. No me amará jamás, decía á lady Drummond.

—Lo ignoro, le respondía su confidente, convertida en amiga suya.

El *Petrel* empleó más de diez días en llegar á Edimburgo. Una semana más tarde se descubría en el horizonte la isla de Lezambra. El sol descendía y en el mar azul jugueteaban las argentadas olas.

—Mañana temprano estaremos en el puerto, dijo Delorn, recostado contra la balaustrada, á la señorita Darcy, sola en aquel momento en el puente.

—Sin novedad, gracias á usted. A menudo se corre riesgo de ahogarse á la vista de una playa, y se salvan cientos de leguas sin correr el menor peligro, respondió Elena con sonrisa maliciosa. ¿No piensa usted, señor Delorn, que ahora puede libertarme de la promesa de no decir nada á mi padre y permitirle que dé á usted las gracias?

—Le ruego, señorita, no diga nada.

—¿Sabe usted que me ha colocado en una posición muy difícil?

—Espere hasta mañana por la tarde; cuando yo haya partido.

—Usted es orgulloso, señor Delorn, y la gratitud le pesa de un modo extraño.

—No más que á usted, señorita.

—Nuestra situación no es una misma.

—Lo sé...., ¿pero es generoso recordármelo?

—Usted no me comprende.

—Perdón, señorita; comprendo que le es á usted penoso deberme una obligación, por ligera que sea; á mí, á un hombre á quien usted considera como á su inferior y quien se cree

demasiado pagado con la dicha de haber sido útil á usted, con una palabra de su boca, con que usted haya colocado su mano en la suya....., un pobre loco que soñaba, y....

Se detuvo, presa de una emoción profunda; su voz temblaba, su corazón latía.

Alzando lentamente los ojos, Elena lo miró.

—¿Qué ha soñado usted, pues, señor Delorn?

—No me atrevo á decírselo.

—¿Y si yo lo supiera?

—¡Usted!

—Sí... Si yo le dijera á usted, que la otra tarde, en mi camarote, oí su conversación con lady Drummond, quien tal vez lo sospechaba. Mi nombre pronunciado por usted llamó mi atención. Desde las primeras palabras comprendí que yá no era tiempo de interrumpirlo á usted: su secreto se le había escapado. Oí lo que adivinaba yá: quién era usted; supe lo que yá sabía: que..... usted me amaba. Esa misma tarde se lo dije todo á mi madre. Usted lo ve bien, puesto que estoy aquí....., que escucho y le hablo á usted.

—Pero entonces....., ¿Elena?..... no juegue usted con mis tormentos. La amo, Elena; con el corazón tan lleno de usted, que las lágrimas me ahogan, que la dicha me aterra, que las palabras impotentes se precipitan á mis labios. El sonido de su voz me turba, su mirada me hace temblar.... Elena...., ¡ámeme, por el grande amor que le profeso á usted!

Ella le tendió la mano.

—Es la segunda vez que se la tiendo. Recuerde usted que la primera vez fue al señor Delorn: un desconocido, tan bueno como valiente, y que fue á él á quien conocí primero.

—Es decir que no se muere de felicidad, Elena, puesto que la oigo á usted y vivo! Tiemblo, sin embargo, al pensar que usted ha sorprendido.... no la confesión de este amor de que estoy tan orgulloso....., sino la de mis errores pasados.

—De esta última parte no he retenido sino una cosa.

—¿Cuál?

—Que usted no había amado jamás, porque usted no había sabido leer en mi corazón.

—¿El corazón de una mujer es, pues, tan fácil de comprender?

—Sí, cuando ama...., y yo lo amo á usted.

Después agregó en voz muy baja:

—Lady Drummond tenía razón, señor; usted era más elocuente cuando le hablaba á ella, que dirigiéndose á mí.

Delorn estampó en sus manos un beso.

VII

Aquel verano, en la playa de Dinard, los bañistas ociosos seguían con una mirada de envidia á un hombre, en cuyo brazo, una joven, casi una niña, se apoyaba suavemente. Indiferentes á la atención que excitaban, caminaban á paso lento, sus ojos se buscaban y el amor se leía en ellos. Llegados á la extremidad de la playa, se detuvieron.

—Elena...., mira el sitio en que te tomé en mis brazos. Oh! mi querido y dulce tesoro.... ¿Quién me hubiera dicho entonces que un día volvería aquí, contigo...., contigo, mi esposa?

—Pablo, ¿cuándo sentiste que me amabas?

—El mismo día en que te vi por la primera vez, en que me apareciste en la puerta de tu gabinete. El sol naciente te rodeaba con una bella auréola de oro, Elena; estabas allí, de pie, en ese cuadro luminoso. Yo contemplaba deslumbrado tu blanco cuello, tus encantadores brazos....

—¡Basta!

—¿Y tú, Elena, cuándo sentiste que podrías amarme?

—Tal vez.... una hora más tarde, yo no sé; pero me acuerdo bien del día en que me lo confesé.

—¿Escuchando mi confesión á lady Drummond, curiosa?

—No...., la tarde en que me creí Edda y en que, como ella...., amé á Setsö.



LAS MINAS

DE SAN SEBASTIÁN DE LA PLATA (1)

Las minas de La Plata tienen su historia y su leyenda, tan distintas la una de la otra, que la realidad parece pálida y descarnada ante la ficción. La leyenda es bien conocida, pues historiadores y cronistas la han adoptado y acreditado. Fray Pedro Simón dice:

“Las grandes minas de San Sebastián de La Plata, en la tierra de los indios paeces, admiraron á los hombres que las hallaron y labraron y fundaron allí una ciudad poniéndole el nombre de La Plata, por la mucha y buena que tienen aquellas tierras.”

Pero quien ha reproducido con más vivos colores las ponderaciones de la imaginación popular, es el crédulo D. Juan de Velasco, que estuvo en la nueva ciudad de La Plata dos siglos después de la destrucción de la antigua. Hé aquí su relato, que tomamos de la *Historia del Reino de Quito*, escrita en 1789:

“La tenencia de La Plata fue en su primitiva antigüedad la mejor y la más apetecible de todas por la exorbitante riqueza de sus minas de plata que le dieron el nombre; mas fue también la más infeliz y desgraciada por causa de esa misma riqueza....

“A corta distancia de la ciudad, como de cuatro á cinco millas, en la parte alta de la montaña, se fundó el asiento real de minas....

“El gran tesoro que se comenzó á sacar, llamó en poco tiempo tanta gente y comercio, que fue la ciudad más floreciente de todas, porque se cortaba la plata con cinceles en venas vivas, sin apreciar ni beneficiar los minerales pétreos de ella. Hallándose en este ascendiente, le sobrevino en 1564, todo de golpe, su más

(1) Difícil tarea es la del crítico que pretende oponerse á la corriente tradicional de un error histórico aceptado por todos. ¿Quién había dudado antes de la riqueza de las minas de La Plata, que con tanto afán han sido buscadas en los últimos cuarenta años? Para que prevalezca la verdad, oscurecida en un lapso de tres siglos, ha sido necesario que brille á la luz que arrojan los nuevos documentos copiados en el Archivo de Indias de Sevilla, y que sea confirmada por cuatro años de costosas exploraciones hechas sin resultado práctico. Estas cortas reflexiones bastan para explicar la diferencia que existe entre este relato y los que traen las dos ediciones del *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*.—

lastimosa y total ruina, por una sublevación de los bárbaros, poco distantes de ella....

“Unieronse en poco tiempo cosa de 20,000 bárbaros, según es fama constante. Sitiaron á media noche el asiento de las minas, y pasaron á cuchillo á todos los hombres, mujeres y niños, sin que se salvase ni una sola persona de más de 900 que allí vivían.

“Cerca del amanecer llegó la noticia á la ciudad. Consterada ésta con el aviso que llevaron unos indianos fieles, dio la señal para hacer gente é ir á castigar á los agresores antes que huyesen. Las armas de fuego, que eran muy pocas, se hallaban arrinconadas, tomadas de orín y sin prevención alguna; los caballos, que eran yá muchos, se mantenían fuera de la ciudad en las campañas; y cuando comenzaron á prevenirse al rayar del día, todos sobrecogidos de temor y embarazados con los lamentos de las mujeres y niños, tuvieron sobre sí al ejército triunfante. Corrían mezclados los hombres y las mujeres sin saber á dónde, é iban cayendo por todas partes á lanzadas. Pocos hombres, con espada en mano, intentaron hacer frente á la confusa multitud; mas en vano, porque fueron oprimidos de ella de tal modo, que no se salvaron sino aquellos pocos que con tiempo acertaron á huír....

“Sacrificada la ciudad toda al bárbaro furor, se detuvieron en ella algunos días buscando y matando tal cual persona escondida; saqueando una por una todas las casas; desnudando de las vestiduras y dejando insepultos cosa de 7,000 cadáveres, é incendiando la ciudad toda, de manera que no quedaron sino sus tristes cenizas. Ejecutando lo mismo en todas las granjas y casas de campo, subieron al asiento, donde permanecieron más largamente derrocando las peñas, cerrando las bocas de las minas, y poniéndolas en estado de que jamás pudiesen trabajarlas los cristianos aunque quisiesen.”

La plata que se cortaba con cinceles en venas vivas, los 20,000 bárbaros reunidos para atacar la ciudad, las 7,000 víctimas sacrificadas en ésta y 900 más en el asiento de las minas, el derrumbamiento de las peñas para cerrar las bocas de las minas, son parto de la fantasía popular, excitada por el recuerdo de pasados desastres y por las vislumbres de anheladas riquezas.

La verdad histórica procuraremos exponerla apoyándonos en los escasos documentos que hemos logrado reunir, escritos por personas dignas de crédito en la época en que se explotaron las minas de La Plata.

Refiere el Obispo Piedrahita que habiéndose tenido noticia en Bogotá, “de que en el valle de los Cambis se habían hallado algunas vetas de plata, eligieron los oidores al Capitán Sebastián Quintero, hombre de valor, para que con cincuenta hombres levados en Santafé, y los más que pudiese sacar de Tocaima y Neiva, fuese á fundar un pueblo de españoles que asegurase la saca de plata....

“.... Quintero fundó (en 1551) en el valle de Cambis, donde estaba el mineral de que llevó la noticia, una villa que llamó de San Bartolomé, y hoy permanece con el nombre de San Sebastián de La Plata, la cual salió tan poco afortunada como veremos en los asolamientos que en pocos años pasaron por ella.”

Muy poco después de fundada la ciudad fue destruída por los feroces indios de la comarca y reedificada por el Capitán Bartolomé Ruiz en 1554. Posteriormente á esta fecha fue atacada y quemada varias veces, hasta que en 1585 (1) la abandonaron definitivamente sus moradores. Sus ruinas olvidadas y perdidas entre el monte fueron descubiertas en 1848 por el señor D. Fernando Durán.

Por lo que hace á las minas, lo poco que de ellas se sabe es lo siguiente:

INFORME DE D. JUAN DE OTÁLORA, CONTADOR DE LA
AUDIENCIA DE SANTAFÉ.

“Acabados los negocios de Cartago, pasé, por mandado del Presidente y Oidores de esta Audiencia, á la ciudad de San Sebastián de La Plata, á ver en qué estado estaban las minas de plata y la labor de ellas, y las anduve y vi por vista de ojos. Ellas están en un cerro grande, aguas vertientes al río grande de la Magdalena, una legua ó legua y media de la ribera, y hasta ahora no tienen pozo, ni peña, ni caja fundada, más de una veta de metal de plata, no derecha sino echada norte-sur, y así se lavan con agua y han derrocado con ella un gran cerro, pero hasta ahora no han hallado caja, sino una pared de peña viva, y todo el cerro parece que es piedra y tierra movediza, y el metal de la plata que hasta ahora han sacado, la mayor parte ha sido casi á

(1) Esta fecha la trae un escrito de petición de D. Gabriel Patricio González de la Sota, vecino y Procurador de La Plata, fechado en 1720.

raíz de tierra, un estado, dos ó tres (1) poco más ó menos, y en bolsas, que no en caja ni en veta formada, y así dicen que debajo en el centro de la tierra debe de haber gran riqueza, y con esta esperanza labran y trabajan; pero como digo, hasta ahora no hay de qué echar mano y creo que si ha de haber riqueza en aquellas minas, que es menester gastar mucho y que haya mejores mineros y demás conocimientos y experiencia que los que están al presente en ellas, porque todos ellos andan á tiento, y así no se saca ninguna plata al presente, y si alguna, muy poca y muy de costa que no provecho ...

“ De Santafé, xx de Abril de 1566.

“ *Juan de Otálora.*”

RELACIÓN DEL GOBERNADOR DE POPAYÁN

“ Muchos días há que se ha dado noticia de ciertas minas de plata, que es en esta Gobernación, de las cuales se ha sacado y saca mucho metal y se hacen muchas fundiciones y ensayos para saber si era cosa rica y en que se pudiera gastar tiempo y dinero, y aunque hasta ahora no se ha dado en el beneficio della, siempre se ha sacado muestra de mucha riqueza; pero son los que tienen las minas hombres tan pobres, que no han podido ni pueden proveerse de las cosas provenientes, ni ha parado en la tierra fundidor, que acertase con el beneficio dellas, y entendido esto y con voluntad de que la riqueza que de allí se espera ande y la gocen vuestros súbditos y que vuestra Real Hacienda sea acrecentada, envié á Panamá por un fundidor y ensayador que allí estaba, que es hombre muy diestro, y el Audiencia me lo envió, el cual hizo cierto ensaye y sacó muestra de gran riqueza, y así he buscado negros y fraguas y los otros materiales que son necesarios, y le he enviado á que haga un rico ensaye, y si acude al mismo respecto, creo según este ensayador dice, que no habrá en las Indias más rica cosa. Verdad es que es menester plomo, pero éste se habrá con poca costa y trabajo....

“ De Popayán, y de Diciembre primero de 1567.

“ *D. Alvaro de Mendoza Carvajal.*”

MEMORIAL DE FRAY JERÓNIMO DE ESCOVAR (1581)

“ San Sebastián de La Plata es lugar que está casi destruído por unos indios que están cerca de allí, grandes carniceros, los cuales há cuarenta años que no dejan las armas. Desta gente son

1] De cinco á quince pies.

muy molestados los moradores deste lugar, porque cuando menos piensan los enemigos les queman las casas y les quitan los ganados y matan á los que pueden haber; así viven con gran trabajo los miserables españoles, tan opresos que han cercado el pueblo de dos tapias en alto. *Hay en este lugar minas riquísimas de plata, tan buenas como las que V. A. tienen en Potosí* (1); esto yá muy experimentado, y se ha fundido mucho metal y acude por quintal más que lo de Potosí. Pero como la gente está fatigada de la guerra y son pocos y pobres no las pueden labrar.... Es pueblo tan pobre que no se puede sustentar sacerdote que les diga misa, si no es un clérigo viejo que movido de caridad, está allí treinta años há, que no vale su hacienda treinta reales....”

INFORMACIÓN SOBRE LAS MINAS DE LA PLATA (1583)

“ Toda la plata que corre en la ciudad y va al Nuevo Reino de Granada y á la Gobernación, es de estas minas de San Bartolomé, las cuales están tres leguas de esta ciudad, en un cerro volcanizo y en parte cómoda, donde por bajo de ellas es tierra templada y muy fértil, y por arriba de la cordillera es abundante de montaña. *De cuando las labraban de atrás parece lo hacían con agua*, lo que era contra toda razón.... El cerro ha apuntado en muchas partes en metal, aunque no se ha visto hasta ahora cosa fija, lo uno, por no haber labrado las minas por hondo y socavón, como se requiere, lo otro por la falta de los naturales que hay en esta tierra, que son muy pocos. Por las vetas que hay, que van derechas y bien puestas, si se labraran por hondo se vería la grandeza y fijeza que hay en dichas minas y se daría en mucha riqueza, lo cual se verá mediante Dios en breve tiempo, porque al presente se van haciendo labores en las dichas minas, que por ellas se verá la claridad de todo ello.”

En efecto, fue entonces cuando se abrieron los socavones que existen en las minas, cuyo abandono en 1585 se debió á dos causas, según D. Diego de Espinosa y Medinilla: á las hostilidades de los indios y á la abundancia de las aguas en algunas de las labores. La extensión considerable de las galerías nos induce á creer que si no hallaron ricos filones, sí lograron extraer algunas bolsadas de mineral muy rico, pues dejaron por el suelo muestras de cobre gris que contenían de diez hasta diez y siete por ciento de plata.

[1] La riqueza excepcional de los minerales que se extranjeron al principio con gran facilidad, trabajando á tajo abierto, dio origen á las exageraciones de los contemporáneos.

En 1886 se organizó la *Compañía Minera de La Plata*. Siguiendo las huellas de los antiguos trabajos, se abrieron varias galerías y se gastaron más de \$ 60,000. Mr. John C. F. Randolph, experimentado ingeniero norteamericano, fue enviado allí en 1888 á examinar las minas y adelantar las exploraciones. Del informe dado por él á la Compañía en Abril de 1888, tomamos lo siguiente:

“ En ningún punto de las pertenencias se desarrolla veta alguna ni puede esperarse que esto suceda, porque las rocas no parecen haber sido fracturadas ó hundidas por la erupción occidental que dio origen á la cordillera del Centro, y cuya acción entre el Magdalena y el río de La Plata no tuvo más efecto que el de inclinar las estratificaciones sin romperlas, formando hermosos valles y colinas, y convertir las areniscas en cuarcitas.... El error ha consistido en trabajar una formación en vez de una veta.... Que antiguamente hubo aquí extensos trabajos de minería, es indudable, pues lo demuestran los muchos de que está llena la montaña. Ninguno de estos trabajos ha sido sobre veta. Las minas que la Compañía posee en este Real no valen nada, pues no contienen mineral apreciable y nada probable podrá encontrarse en ellas.”

Las conclusiones de Mr. Randolph están de acuerdo con lo que escribían D. Juan de Otálora en 1566, y el minero Juan de Palomares, enviado por Su Majestad del reino de Castilla á visitar las minas de La Plata. Dice el primero: “ El metal de la plata que hasta ahora han sacado ha sido en bolsas, que no en caja ni en veta formada.” El segundo declaraba en 1583: “ El cerro ha apuntado en muchas partes en metal, aunque no se ha visto hasta ahora cosa fija.”

Más de cuatro años de trabajos continuos de exploración y de explotación han dado este desastroso resultado: \$ 150,000 de gastos contra \$ 10,000 en oro, producto de las menas exportadas! La tenaz perseverancia de los dueños de estas minas merecía mejor suerte.

¡Quién sabe si esas yermas montañas no guardan en su seno ningún oculto tesoro, y si al fin habrá que aplicarles la terrible sentencia del Dante: *Lasciate ogni speranza!*

VIGENTE RESTREPO.

Bogotá, Diciembre de 1890.



A UN BESO

(DE ROBERT BURNS).

Oh beso virgen! De cariño y gloria
 Húmedo sello, delicada prenda;
 Lazo de unión en juvenil historia,
 De los amores la primer ofrenda.

Silencio que habla, mudas confesiones,
 Brote de la pasión y niñería,
 Torcaz que arrulla, castas confesiones,
 Brillante albor de reluciente día.

Regocijo que hiere, acción postrera
 Antes que el fuego de los labios huya;
 No hay palabra tan honda y tan sincera
 Que llame al corazón, como la tuya!

C. E. RESTREPO.

Medellín: 1890.



Tomamos de la excelente revista *La República del Sagrado Corazón de Jesús*, de Quito, el siguiente artículo, de uno de los más justamente reputados historiadores de Sud-América, el Presbítero Doctor Federico González Suárez, autor de la *Historia Eclesiástica del Ecuador*, de la *Historia de los Cañaris* y de una historia extensa de aquella República que se edita actualmente. Creemos que los lectores verán con mucho gusto este artículo, por revelarnos él noticias acerca de un escritor colombiano ignoradas de nuestros historiadores nacionales.

UN ESCRITOR COLOMBIANO

DEL TIEMPO DE LA COLONIA

I

En tiempo de la colonia, esto de saber escribir, para dar á luz sus escritos, era cosa rara y de muy pocos conocida. Los hombres doctos de entonces leían y estudiaban mucho, y el

principal de sus méritos estaba cifrado en conocer á fondo las obras que habían leído, en recordar las doctrinas ú opiniones de los autores y en citarlos á éstos con prontitud y fidelidad. Los hombres doctos de aquella época no siempre eran sabios; aunque, por lo común, siempre eran eruditos. Su erudición á veces asombra.

Suele creerse que ahora es cuando se poseen conocimientos variados, y que en tiempo de la colonia ni había personas instruídas ni se tenía mucha cuenta con el saber. Los que de la colonia han formado ese juicio, se hallan equivocados. Y ¿cuántos no lo han formado?.... Por toda prueba vamos á citar un nombre. Ese nombre es el de un escritor, acerca del cual daremos algunas noticias, sacadas de la rica mina de documentos relativos á América que guardan los archivos españoles.

El escritor en cuyo estudio vamos á ocuparnos un momento, es un cura, un sacerdote colombiano del tiempo de la colonia.

Llamóse *D. Basilio Vicente de Oviedo*. No hemos podido descubrir ni el lugar ni el año de su nacimiento, y sabemos solamente que fue colegial de San Bartolomé en Bogotá, y que durante más de cuarenta años desempeñó el ministerio de cura párroco en los pueblos y feligresías de Guame, Curití, Boyacá, Nemocón, villa de Santa Cruz, San Gil, Santa Bárbara de Mogotes y Paipa. En 1773 era cura del pueblo de San Miguel de Paya, en el Arzobispado de Santafé de Bogotá. Tuvo, además, por muchos años seguidos el cargo de comisario del Santo Oficio y de la Cruzada.

Este cura compuso una obra dilatada, una verdadera miscelánea ó biblioteca eclesiástica, que consta nada menos que de *once tomos* en folio. Son los siguientes:

TOMO PRIMERO.—Vida de Cristo y de la Santísima Virgen.

TOMO SEGUNDO.—Noticias de la naturaleza angélica, sacadas de la Escritura y Santos Padres, y asimismo de las esferas celestes, astros y planetas.

TOMO TERCERO.—Epítome de las vidas de los antiguos patriarcas, profetas, príncipes y sacerdotes del pueblo de Israel, con noticia de las cuatro primeras monarquías y otras cosas curiosas.

TOMO CUARTO.—Epítome de las vidas de los Sumos Pontífices; noticia de los escritores más notorios de quince siglos, y relación de los reyes de la nación Española.

TOMO QUINTO.—Compendio utilísimo de los diez y nueve concilios ecuménicos, menos el Tridentino, y de los principales concilios nacionales y provinciales.

TOMO SEXTO.—Excelencias del sacerdocio, dignidad de los párrocos, misterios de la Santa Misa y ritos de administrar los Sacramentos.

TOMO SÉPTIMO.—Letra y exposición del Sacro Concilio de Trento, siguiendo la declaración de la Congregación intérprete.

TOMO NOVENO.—Calendario y diario de noticias, para utilidad y diversión de curas nuevos.

TOMO NONO.—Compendio de los sínodos del Arzobispado de Santafé. Noticia de la conquista del Nuevo Reino de Granada y de sus Prelados.

TOMO DÉCIMO.—Epítome histórico de los curatos del Nuevo Reino de Granada, su origen y circunstancias.

TOMO UNDÉCIMO.—Discursos, Misceláneas, Emblemas, Apólogos, Historietas, Paradojas, Dichos graciosos, Definiciones del Derecho Civil, Constituciones y Derecho pontificio, de los Santos Sacramentos, de las censuras: modo de seguir los juicios: fórmulas de instrumentos y de cartas.

A esta colección de tratados le puso Oviedo un solo título y le llamó PENSAMIENTOS Y NOTICIAS ESCOGIDAS PARA UTILIDAD DE CURAS, porque en el propósito del autor formaba una sola obra, ó mejor dicho, una enciclopedia eclesiástica de variada lectura.

Del examen de los títulos de cada tomo se colige fácilmente el asunto de que trata. Pero no hemos de buscar en el autor cosa ninguna original ni nueva; pues, aunque por lo regular su erudición está tomada de buenas fuentes, su criterio filosófico no es siempre muy acertado: pretende más bien divertir á sus lectores con abundancia de noticias, que ilustrarlos dándoselas con sagacidad y discernimiento.

En historia eclesiástica sabe lo que un sacerdote erudito del siglo pasado podía saber en semejante materia, manejando las obras notables de los escritores de mayor fama conocidos

y respetados entonces. Baronio, sus continuadores, Natal Alejandro, Sandini, Orsi, Tillemont, etc. etc.

Varios de los escritos de Oviedo son históricos y pudieran servir muchísimo para ilustrar la historia de la dominación colonial en el Nuevo Reino de Granada. Bajo ese respecto nos parece que los trabajos de este párroco laborioso no carecen de mérito; antes lo tienen muy recomendable.

No así los escritos sobre ciencias físicas y experimentales. Oviedo manifiesta que ha leído, como aficionado, varios libros de Cosmografía y de Astronomía; pero carece evidentemente de los conocimientos científicos sobre esas materias. Como prueba de lo que decimos, citaremos su tratado sobre los planetas y demás astros, que ocupa cuatro capítulos en su segundo tomo, desde el octavo hasta el duodécimo, que es el último de ese tomo.

El lenguaje es, por lo regular, correcto, aunque tan sencillo y humilde, que á veces peca de bajo y hasta arrastrado.

El estilo carece de elevación y de dignidad, si bien hay ocasiones en que se levanta á impulso de un entusiasmo pasajero. Emplea términos y frases escolásticas, cosa disimulable en quien escribía para eclesiásticos, gente que ha de suponerse versada en esa clase de estudios. Algunas veces deja el método directo y prefiere el diálogo, como en el Tratado sobre los Angeles, en el cual alterna un maestro con un discípulo.

Merece citarse el asunto del capítulo séptimo de este tratado, cuyo título dice así: *Refiérese la patraña de los Duen-des, Lares, y Genios: refiérese el origen de éstos y aun de la idolatría.*

Por demás injusto sería censurar al cura Oviedo por lo atrasado que se muestra en punto á sus conocimientos en historia profana; pues esos conocimientos son atrasados solamente para quien ha disfrutado de las asombrosas noticias que se deben á la Arqueología, y Oviedo no ignoraba lo que los doctos sabían en su tiempo en historia antigua y en historia griega y romana. ¿Merecerá censura quien, al hablar de las cuatro grandes monarquías del Asia, seguía en el siglo pasado las huellas de Bossuet?

II

D. Basilio de Oviedo trató de dar á la imprenta su obra: pidió y obtuvo la licencia de la autoridad eclesiástica, que se la concedió el Prelado de Bogotá, y, el 29 de Noviembre de 1773 elevó su petición al Consejo de Indias, para que se le permitiera imprimir los once tomos de la obra, que presentaba manuscrita.

El encargado de negociar esta licencia en Madrid fue un D. Pedro Miguel Obregón, Alférez real, quien no exhibió poder en forma cual se requería para el caso, y por ese motivo, no se alcanzó la licencia para la impresión. Esto sucedía en Julio de 1774.

No obstante, la obra fue pasada al Fiscal del Consejo, el cual informó que la licencia de la autoridad eclesiástica no era suficiente para la impresión, y que, como la obra constaba de muchos tratados de índole diversa, no podía examinarlos una sola persona, y era conveniente que el trabajo se repartiera entre los varios miembros del Consejo. Conformóse éste con el dictamen del Fiscal, y los once tomos de la obra fueron distribuídos á diversos examinadores, los cuales recibieron el manuscrito y lo guardaron largo tiempo, sin emitir juicio ninguno ni favorable ni adverso á la impresión.

Poco después parece que murió el cura Oviedo, porque no se vuelve á decir nada ni hay noticia alguna de su obra hasta el año de 1789, en que, por una feliz casualidad, tornó el Gobierno español á ocuparse en lo relativo á la impresión de ella.

Fue el caso que D. Joaquín Dareche y Urrutia se dirigió al Consejo de Indias, reclamando que se mandaran devolver á Bogotá todos los papeles del archivo eclesiástico de esa ciudad, que se había llevado consigo á España el Arzobispo D. Fray Agustín de Alvarado, que falleció en Ciudad Rodrigo el 21 de Julio de 1781. Dióse la orden; se practicaron investigaciones en los papeles del Arzobispo difunto, se encontraron muchos de asuntos eclesiásticos de Bogotá, y entre ellos una copia del tomo décimo de la obra de D. Basilio de Oviedo. Este hallazgo despertó el interés por la obra, y se expidieron

órdenes terminantes para que se descubriera el paradero de ella. Halláronse, en efecto, los tomos manuscritos de la obra arrumbados entre los papeles pertenecientes á la Secretaría del Perú, una de las del Real Consejo de Indias; de donde no tardaron en pasar á manos de D. Antonio Porlier, por disposición terminante del mismo Consejo, dictada el 2 de Abril de 1789.

¿Qué sucedió después con el manuscrito? ¿Por qué no se permitió su impresión? El Fiscal del Consejo de Indias, en su informe decía:

“La aprobación del Ordinario, con que se hallan todas estas obras, no basta para que desde luego conceda el Consejo el permiso de imprimirlas, porque lo único que prueba aquel indispensable requisito, es que no contienen cosa opuesta á la pureza de nuestra santa fe, al dogma ni á la doctrina, pues esto pertenece á la inspección del Ordinario; pero restando como resta otro requisito no menos indispensable, cuál es el de inquirir y examinar si comprenden (los once tomos) algunas especies contrarias á las regalías, al estado y á la causa pública de aquellos reinos, cuyo escrutinio corresponde á la potestad civil y por consiguiente á este Supremo Tribunal, etc.”

Tales eran los términos en que informaba el Fiscal del Consejo de Indias, en Diciembre de 1783.

En los escritos del cura de la colonia no dejó de descubrir, en efecto, el ojo avisor del Consejo de Indias algunas cosas nada convenientes para las regalías del monarca español en estas partes. El Arzobispo Góngora solicitó el permiso del Rey para la impresión de la obra de Oviedo, pero no se le dio oídos, y la obra fue entonces condenada á permanecer inédita indefinidamente. Hé aquí lo que al Arzobispo—virrey le escribía D. Antonio Narváez y Latorre, encargado de alcanzar el permiso de la impresión. Narváez regresaba de España, y desde Cartagena, su ciudad natal, decía al Arzobispo, en carta fechada el 15 de Septiembre de 1788:

“Fuí, en efecto, á verle (al Ministro español), y su Ilustrísima me recibió y trató de esta obra con tal desagrado y desaprobación (á lo que comprendí, porque en algunos tomos ó pasajes de ella hablaba el autor en elogio de los expatriados jesuítas), y de no poderse permitir su impresión.”

De esta comunicación se deduce que entre otros motivos que había para no permitir la impresión de la obra de Oviedo,

uno era, y acaso el más grave, el elogio con que Oviedo hablaba de los jesuitas. Honroso es para la memoria del cura colombiano, que, por semejante motivo, su obra no haya podido ver la luz pública. La egregia palma, honor y gloria de la santa fecundidad de la Iglesia Católica, yacía tronchada en tierra; y los que la habían derribado no gustaban de que se recordaran los frutos de bendición que en tanta y tan exuberante abundancia había producido durante los tres siglos de su vida, lozana y vigorosa.....

Este D. Antonio Narváez y Latorre era hijo del conde de Santacruz y Latorre, y había interpuesto su influencia para alcanzar del Consejo Real de Indias que permitiera la impresión de la obra de Oviedo, aunque el encargado principal para negociar la licencia de la impresión era D. Tomás de Roa.

La obra de Oviedo permanece, pues, hasta ahora inédita. La literatura colombiana del tiempo de la colonia debe añadir á sus no escasas páginas la que necesariamente tiene de consagrar á los escritos del laborioso cura de Nemocón, sacando su nombre del olvido en que había caído; pues ni Groot ni Vergara y Vergara, en sus diligentes investigaciones, habían descubierto todo cuanto conviene que sepa la posteridad relativamente al Presbítero D. Basilio de Oviedo, uno de los eclesiásticos más eruditos, sin duda ninguna, del siglo pasado. De hoy en adelante es necesario hacer la debida justicia al erudito sacerdote, cuyas sales epigramáticas, cuyos discretos donaires, cuyas agudezas de ingenio no fueron el único ni el verdadero mérito con que haya de figurar en la historia de la literatura colombiana en tiempo de la dominación colonial.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ.

Quito, Junio de 1890.



LA IMPRENTA EN BOGOTÁ

DESDE SU INTRODUCCIÓN HASTA 1810

(Conclusión).

Coincidió la impresión del primer libro con la creación del periodismo en Bogotá. Trece años antes de terminar el siglo XVIII se imprimió, en la tipografía real, á cargo de

D. Antonio Espinosa de los Monteros, en dos volúmenes de á 254 páginas, la *Historia de Cristo paciente*, obra extranjera que tradujo del latín al castellano D. José Luis Azuola y Lozano.

Antes, en 1784, se imprimió el primer folleto intitulado *Arte de construcción*, con poca limpieza tipográfica y escasa extensión. Hoy no tiene otro valor que el de su fecha.

En 1786 se publicó una *Oración fúnebre*, predicada en Santafé en honor de un religioso hospitalario, editada por D. Antonio Espinosa de los Monteros.

El ilustre servidor de la independencia, General D. Antonio Nariño, cuyo immaculado nombre es timbre de gloria nacional, pidió á Europa una imprenta, que llegó á Bogotá en 1793, y que fue el tercer establecimiento tipográfico que existió en la capital. El local de esta imprenta estaba situado en la casa número 5 de la calle de Los Carneros (hoy calle 15) (1), y fue Regente de ella D. Antonio Espinosa de los Monteros. Llamóla *Imprenta Patriótica*. Nariño la nominó así, porque sin duda yá se ocupaba en conspirar contra el Gobierno colonial, y es prueba de este aserto la publicación que hizo en ella de *Los Derechos del Hombre*, traducción de los adoptados por la Asamblea Constituyente de Francia, publicación que fue denunciada como subversiva ante la Audiencia por el español D. Francisco Cañasco, el 20 de Agosto de 1794, y que llevó á Nariño al presidio después de confiscados sus bienes. Es muy probable que Nariño perdiera entonces su imprenta y

(1) GROOT, *Historia Eclesiástica y Civil, etc.*, 1.^a edición, volumen I, página 79, dice que el despacho de la imprenta estaba en la plazuela de San Carlos, porque así consta del número 86 y siguientes del *Papel Periódico*, que allí se publicaba; pero si allí estuvo fue transitoriamente, pues consta que la imprenta llegó á la calle de los Carneros en 1793, y que en el mismo local estaba en 1801, cuando se imprimía el *Correo Curioso*, periódico que trae el siguiente aviso:

“ Quien quisiere comprar la casa número 5 de la calle de Los Carneros, que en la actualidad sirve de oficina de la *Imprenta Patriótica*, hable con D. Nicolás Calvo, dueño de dicha imprenta y casa, quien dará razón de su precio.”

D. Ignacio Borda quiso alquilar, en 1881, los bajos de la casa del Doctor D. Francisco J. Zaldúa, después Presidente de Colombia, y al anunciarle que los ocuparía con su tipografía, le respondió el venerable anciano:

—“ Cuente usted con el local, pues para mí es satisfactorio que haya imprenta en el mismo sitio donde se imprimieron los *Derechos del Hombre*.”

que la comprara D. Nicolás Calvo, quien aparece como dueño de ella en el primer año de este siglo (1).

Una nueva impresión de alta importancia por los datos históricos y estadísticos que contiene se hizo en 1793, en la imprenta de Antonio Espinosa de los Monteros, ó sea la de Nariño, pues no figura en la portada la *Imprenta Patriótica*, pero hemos visto que Espinosa no era propietario sino Regente de ella: hablamos de la *Guía de forasteros del Nuevo Reino de Granada según el estado actual en el presente año de 1793. La da á luz D. Joaquín Durán y Díaz, Capitán del Batallón Auxiliar de la ciudad de Santafé de Bogotá, capital del Reino. Con licencia del Superior Gobierno.* Este interesante librito, hoy muy raro, es un volumen con 164 páginas en 16.º, y fue la primera Guía de la ciudad, impresa en Colombia. El Capitán Durán y Díaz publicó al año siguiente una nueva edición: desgraciadamente se ausentó de Bogotá por sus deberes militares, y no hubo quien continuara su importante y útil tarea hasta 1806, año en que se imprimió un *Kalendario-Guía*, por orden del Gobierno. En 1836, el Doctor D. José Antonio de Plaza trabajó y publicó la de aquel año.

En 1793 también se imprimió en Bogotá un libro intitulado: *De la fuerza de la fantasía humana, por D. Luis A. Muratoré, traducido al español por D. Francisco Martínez.*

A fines del siglo XVIII se hicieron en esta capital algunas otras impresiones de escasa importancia; citaremos entre ellas la *Oración fúnebre* que pronunció el Doctor D. Fernando Caicedo y Flórez, más tarde Arzobispo de Bogotá, en honor del Ilustrísimo Martínez Compañón, fallecido en 1797. La impresión de este folleto, de 48 páginas en 8.º, se hizo en la *Imprenta Patriótica*, única de propiedad particular que existía en Bogotá en aquel entonces, pues la de los Jesuitas había desaparecido. Había también la oficial, que se llamaba, indistintamente, *Imprenta Real é Imprenta del Superior Gobierno.*

Al principiar el siglo XIX había, pues, en Bogotá dos tipografías; entonces la vida intelectual era ya activa en la co-

(1) El relato de la prisión de Nariño puede consultarse en la *Biografía* escrita por D. Rafael María Carrasquilla (*Papel Periódico Ilustrado* número 23; en la *Historia de la Literatura*, pág. 247; en la *Historia del señor Groot*, vol. cit., pág. 79 y en el *Diccionario Biográfico*).

lonia, merced á la influencia de Mutis, el sabio Director de la Expedición Botánica, quien tenía por amigos y discípulos á Eloy Valenzuela, Francisco Antonio Zea, Francisco José de Caldas, Miguel Pombo, José Manuel Restrepo, Antonio Ulloa, Jorge Tadeo Lozano, Camilo Torres, José Gregorio Gutiérrez, José María Cabal, José María Salazar, José Fernández Madrid y otros notables, oriundos de distintos lugares del extenso Virreinato.

“... Aunque la prensa era diminuta y estaba bajo el poder de la más tiránica censura,—dice al hablar de esta época D. Florentino Vezga—aunque era prohibida la importación de libros extranjeros, sin embargo, el oro del país, más poderoso que la Inquisición de Cartagena, hacía venir de Francia los mejores libros, y con muchos otros que se encontraban en la Biblioteca de los sabios jesuitas y en las librerías particulares, no faltaba pábulo al buen gusto ni á la aplicación. La envidia, perseguidora del mérito, no perdonó á esta juventud, que con sarcasmo se llamaba en Santafé *Compañía de los sabios*; pero la conducta irreprochable y la dulzura y fuerza de carácter de sus individuos, hizo al fin callar la maledicencia.”

Al principiar el siglo fundó el esfuerzo particular, dirigido por D. Jorge Tadeo Lozano y el Presbítero José Luis Azuola, sin auxilio oficial, el periódico titulado *Correo Curioso*, cuyo primer número, de incorrecta impresión, se publicó el martes 17 de Febrero de 1801, en la *Imprenta Patriótica*. Al aparecer el número 28, apenas tenía 17 suscriptores, por lo cual escribían sus Directores:

“... Hemos resuelto seguir haciendo el sacrificio de nuestro trabajo é intereses, porque, aunque no se expendan un ejemplar, los montones de ellos que queden rezagados serán para la posteridad monumento irrefragable de nuestro patriotismo, y prueba convincente del egoísmo actual, que es la leche inficionada que está mamando el infeliz recién nacido siglo XIX.”

Vergara y Vergara, al apreciar esta publicación, en nuestro concepto con imparcialidad y acierto, dice lo siguiente:

“Este papel es de escaso mérito: no parecía por su estilo periódico sino libro, porque le falta la viveza necesaria en el periodismo. Todos sus artículos de fondo son mazorrales por la materia y el estilo; y uno de ellos (el del número 7) es un *Discurso devoto*. Pero si se recuerda que sólo á ese precio podían escribir, y que el

señor Virrey no hubiera tolerado demasías como eso de *las frecuentes discusiones públicas que engrandecieron á Atenas*, se les disculpará por entero, y aun se admirará aquel ensayo.”

El *Correo Curioso* publicó observaciones barométricas de Caldas, el censo de población de Bogotá y algunos otros artículos de interés general, y alcanzó al número 46.

Terminada la impresión del *Correo*, las dos imprentas tuvieron escaso alimento; algunas novenas, sermones y oraciones fúnebres se imprimieron en los cuatro primeros años del siglo; la llegada de la Expedición de la vacuna á Santafé aumentó, en 1805, el movimiento tipográfico, pues se imprimió un *Sermón*, predicado en la iglesia catedral, en acción de gracias á la Providencia por la llegada de la Expedición: *En la Imprenta Real, por D. Bruno Espinosa de los Monteros. Calle de San Felipe. Año de 1805*, y se reimprimió un *Reglamento* para conservar la vacuna, redactado y publicado en España.

Al año siguiente—el día 6 de Diciembre de 1806—apareció el periódico llamado *Redactor Americano*, dirigido por el Bibliotecario D. Manuel del Socorro Rodríguez—quien fue Redactor del *Papel Periódico*, en los buenos tiempos en que gobernó el Reino el progresista Virrey Ezpeleta—periódico promovido y auxiliado por el Gobierno de Amar y Borbón, publicación de poca importancia, que vivió menos de un año.

También se imprimió un *Kalendario manual y Guía de Forasteros en Santafé de Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada, para el año de 1806. Compuesta de orden del Superior Gobierno por el D. D. Antonio Joseph García de la Guardia, Contador General de Diezmos, y colector Adminos. de Anualidades del Arzobispado.—En la Imprenta Real.—Por D. Bruno Espinosa de los Monteros.*

En 1807 apareció *El Alternativo del Redactor Americano*, también redactado por el cubano Socorro y Rodríguez.

“En este papel se daba más ensanche á las publicaciones—dice Groot—y así se anunció, ofreciendo artículos instructivos, aunque también el *Redactor* publicaba varios, que no eran de noticias solamente. El genio y estilo de los dos periódicos eran tan parecidos, como que salían de la misma pluma.” Ambos periódicos se imprimieron en la tipografía oficial. Debe notarse que estos humildes órganos de la

prensa periódica, no obstante el mal gusto literario que en ellos campeaba, tuvieron cuatrocientos suscriptores, que alimentaron su impresión tres años.

Folletos religiosos fueron las únicas publicaciones de alguna extensión hechas en 1807, pues la prensa política aún no era permitida; la literaria apenas se iniciaba, y la noticiosa no contaba con elementos de vida en un país atrasado y que no tenía comercio sino con la madre patria.

El 3 de Enero de 1808 apareció el primer número del periódico intitulado: *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, primera publicación de importancia científica y literaria impresa en Colombia, en la cual colaboraron Jorge Tadeo Lozano, José María Salazar, José Fernández Madrid, Diego Martín Tanco, José Casamayor, Nicolás Mauricio de Omaña, Juan A. de la Parra, Miguel de Pombo, Eloy Valenzuela, Ignacio Caverro, José María y Frutos Joaquín Gutiérrez, José Manuel Campos y Coto, José Manuel Restrepo, Joaquín Camacho, Francisco Antonio Ulloa, Benedicto Domínguez y Mariano del Campo Larraondo, siendo Director y centro de ella el sabio Caldas.

Nos permitimos copiar lo que dijo D. Lino de Pombo hablando del *Semanario* en la *Biografía* de Caldas, publicada por primera vez en 1852, en *La Siesta*, periódico literario, redactado en Bogotá por Vergara y Vergara y D. Rafael Pombo:

“Varios sujetos ilustrados y patriotas de la capital, americanos todos, cooperaron con sus esfuerzos á dar vida é impulso á la empresa, pero el director y el alma de ella era CALDAS. Aquel periódico abría su carrera cuando en la vasta extensión del Virreinato no existía otro que el que, bajo el título de *Redactor Americano*, publicaba en Bogotá el bibliotecario real D. Manuel del Socorro Rodríguez, bajo la dirección de la autoridad; papel bien intencionado, pero indigesto, de noticias y versos, que salía tres veces por mes. En el *Semanario*, consagrado á la difusión de las luces y al fomento de los intereses materiales del país, hasta donde era compatible con las trabas del régimen colonial, fue donde empezaron á revelarse al mundo la vasta instrucción y alta inteligencia de CALDAS, la sublimidad de sus pensamientos, su estilo fluído y correcto, aunque siempre grave, y sobre

todo su hambre y sed insaciables de bien público; apareció en pliegos semanales, en 1808 y 1809, y continuó después bajo la forma de cuadernos ó *Memorias* mensuales, de que no alcanzaron á imprimirse sino once, y con mucho retardo, por haber sólo dos imprentas, escasas además de viejas, y estar ellas recargadas de trabajo, con motivo de las ocurrencias políticas.”

En 1809 se imprimieron dos folletos políticos de importancia, primeros en su género en el país: el uno daba cuenta á los colonos, de la caída del Príncipe de la Paz; el otro hablaba de los triunfos logrados sobre el grande ejército de Napoleón, acontecimientos políticos de alto interés para los americanos.

Así las cosas en cuanto á imprenta, y gobernando el Nuevo Reino de Granada D. Antonio Amar y Borbón, magistrado que carecía de talento, ilustración y tino político, defectos que favorecieron la cuna de nuestra emancipación, llegó el 20 de Julio de 1810. Con los albores de independencia vino, como era natural, el nacimiento del periodismo político, hasta entonces prohibido, en el cual se historió, con verdad y entusiasmo, la fundación de la República. El sabio Caldas, Joaquín Camacho y José María Gutiérrez fundaron el *Diario Político de Santafé de Bogotá*, periódico oficial, cuyo primer número apareció el 27 de Agosto de 1810 (1).

La Imprenta Real, donde se publicó, propiedad del nuevo Gobierno, por justa herencia, era tan escasa, que el *Diario* no pudo imprimirse todos los días, lo que avisaron al público los Redactores, en el número 3.º, en la siguiente nota:

“La poca letra de imprenta, la necesidad de desbaratar para volver á componer, nos ha hecho ver que no puede resistir la salud del impresor y oficiales á fatiga tan continuada.”

Debemos recordar que antes de la aparición del *Diario* el bibliotecario Socorro Rodríguez, por comisión oficial, publicó el primer número de un periódico que llamó *La Constitución Feliz*, con el objeto de dar cuenta de lo ocurrido, pero no pasó á segundo número, porque los miembros de la Junta comprendieron que el estilo mazorril y pesado del hon-

(1) GROOT, lib. cit., pág. 184, no nombra entre los redactores á Gutiérrez, en lo que está en desacuerdo con el autor de la *Historia de la Literatura*

rado cubano no llenaba las aspiraciones revolucionarias; por tal motivo encargaron al ilustre Caldas y á Camacho de la dirección del periódico político, en el cual historió el primero, con estilo elevado y enérgico, nuevo en la colonia, los lamentables sucesos de la revolución de Quito y lo ocurrido en Bogotá el 20 de Julio y días siguientes.

El *Diario Político* es el punto de unión entre las escasas impresiones hechas en Bogotá, mientras fue capital de la colonia, y las numerosísimas publicadas durante la revolución, la reconquista y la República. Dos tipografías pobres y gastadas dejó el Gobierno español en la capital de uno de los más ricos y extensos Virreinos de América, que carecían de tipos, de gusto y de prensas de hierro, pues las que poseían eran de piedra y madera, de forma y mecanismo rudimentario. Tan pobre legado fue base humilde, en Bogotá, del mayor de los elementos del progreso humano, años después ampliamente desenvuelto en Colombia á la sombra de la bandera de la República.

PEDRO M. IBÁÑEZ.

Bogotá—1890.

NOTA.—Debemos consignar, antes de cerrar este estudio sobre la imprenta en la época colonial, que D. José Caicedo Rojas fijó en sus *Recuerdos y Apuntamientos* la fecha de la introducción de la imprenta á Bogotá en 1711, fundándose en el libro escrito por el presbítero bogotano D. Juan Bautista de Toro, que dice el señor Caicedo Rojas se imprimió en esta ciudad en la fecha citada y se reimprimió en Madrid tres años después. Hemos buscado cuidadosamente en la Biblioteca Nacional dicho libro, del cual existen allí dos ejemplares, con la siguiente portada: “*Día de la grande Reyna, y exercicio de vn día de cada mes, dedicado al culto, y memoria de Nueftra Señora. Compvesto para aumento de la devocion en las señoras Religiosas.—Por el Doctor Joan Bautista de Toro, Capellan y Director de la Congregacion de la Efcuela de Christo, fita en la infigne Capilla del Sagrario de la Iglefia Metropolitana de la ciudad de Santa Fé del Nuevo Reyno de Granada en las Indias Occidentales.—IMPRESSO EN LA IMPRENTA DE LA COMPAÑIA DE JESVS. A costa de Diego Muytensx.*”

En 18 de Noviembre (1711) se le concedió licencia en Santafé al señor Toro para imprimir su libro, y en 1714 la concedió el ordinario de Madrid, D. Francisco Antonio Ramírez de Piscena, Vicario en Sede vacante, para *imprimir un Quaderno intitulado: Día de la gran Reyna, etc.*

Creemos, como el autor de la *Historia de la Literatura*, que este libro no prueba que la imprenta existiera en Santafé en 1711, por las siguientes razones: 1.ª, porque el pie de imprenta debía decir SANTAFÉ antes de *Impreffo*, etc., para tener valor histórico, pues la Compañía de Jesús podía tener también imprenta en Madrid; 2.ª, porque el ordinario de Madrid hubiera dicho: *reimprimir un libro* en vez de *imprimir un Quaderno*; 3.ª, porque la licencia se concedió en Santafé á mediados de Noviembre de 1711 y en escasa imprenta, como hemos visto era la de los jesuítas, es improbable que se levantara é imprimiera en cuarenta días y en la portada tendría el año (1712), y no tiene ni ésta ni otra fecha; 4.ª, porque de este año al de 1738 es improbable que no se hubiera hecho alguna otra impresión en Bogotá, ó que todas se hubieran perdido, pues ninguna otra se ha hallado, por diligentes investigadores hasta el presente, y sí existen del año últimamente citado en adelante; y 5.ª, porque en los documentos hallados en España por el señor canónigo González, no hay ninguno anterior á 1738. Para nosotros, por estas razones, y por los datos históricos que hemos recogido, insertos en este estudio, la imprenta se introdujo en Bogotá en 1738, opinión que han sostenido los historiadores Borda, Groot, Vergara, Quijano y N. J. Navarro, quien hizo estudio especial del asunto.

SONSON

I

Esta ciudad empezó á poblarse en 1796. De años atrás varias familias procedentes de Rionegro y Marinilla se habían establecido en la loma de Maitamá, con el propósito de poblar allí, donde fue asiento de la tribu indígena más poderosa que había en la hoya del río Arma. Al frente de este pequeño contrafuerte, que hoy conserva el primitivo nombre, se fundó por los conquistadores la célebre ciudad de Santiago de Arma. Nuestros cronistas hablan todos del simulacro de resistencia del cacique de Maitamá á los conquistadores.

Mas la poca amplitud del campo y lo fragoso de los terrenos adyacentes los determinaron á buscar una localidad más apropiada en los altos valles de que la tradición les daba noticia (1).

(1) Habla el autor indudablemente de los celebrados Valles Altos de San Félix, origen de los ríos Arma y Samaná—N. E.

Cuarenta y dos padres de familia, valientes adalides del trabajo, honrados labradores, se pusieron en marcha en el año yá dicho por entre cerros y montes cubiertos de selva primitiva hasta llegar al lugar que hoy ocupa la ciudad. Vista la buena calidad del terreno, la abundancia de aguas, la anchura de los campos, limitados por las altas cimas de los Andes centrales al Este y por el monte Capiro al Occidente, resolvieron trasladarse allí definitivamente con sus familias y sentar las bases de una nueva población (1).

Esta recibió el nombre de San José de Ezpeleta de Sonsón, en honor del Virrey que á la sazón gobernaba en Santafé.

D. José Joaquín Ruiz y Zapata era dueño de los terrenos comprendidos entre los ríos Aures y Arma y la cordillera Central, que les da origen, por compra que de ellos había hecho á D. Manuel Villegas. Este territorio es el asiento de Sonsón. El señor Ruiz lo donó generosamente á los pobladores, no reservándose sino una corta porción, y vino de Rionegro á dirigir los trabajos de fundación con el título de Juez poblador.

Más tarde, en 1807, capituló en beneficio de la nueva población los terrenos comprendidos entre la cordillera y el río La Miel, capitulación que le fue concedida por el Virrey D. Antonio Amar y Borbón, habiéndole servido de procurador ó abogado D. Cándido Nicolás Girón.

Con esta adición, el distrito quedaba con cerca de ciento ochenta leguas cuadradas de extensión, comprendiendo terrenos de todos los climas, propios para toda clase de cultivos, con ricos minerales de oro de aluvión y de veta, abundantes salinas y cuantos elementos pueden contribuir á la prosperidad y cultura de una comarca.

Fue erigida por el Ilustrísimo Señor D. Angel Velarde y Bustamante, Obispo de Popayán, en viceparroquia, en 1800, lo cual equivalía á ser erigido hoy en distrito ó municipio; es decir, que yá tuvo cura, alcalde pedáneo, juez, etc., y aunque la erección en parroquia efectiva no se hizo hasta 1809, este nuevo acto no varió las circunstancias de la nueva entidad, que yá desde 1800 gozaba de todas las ventajas de la administración eclesiástica y civil; creemos no engañarnos al

(1) Narración hecha al autor por D. Juan José Hurtado, uno de los cuarenta y dos.

afirmar que Sonsón tiene de vida propia lo que va del siglo presente.

II

Situada la ciudad á 2545 metros de altura sobre el nivel del mar,—unos cien metros más baja que Bogotá,—tiene clima frío, aire seco y de excelentes cualidades para la salud, tanto, que goza de gran fama en todo el Departamento por la hermosura y robustez de sus habitantes, particularmente de las mujeres y los niños.

El vallecito en que se asienta la ciudad es atravesado de Nordeste á Sudoeste por el río del mismo nombre, el cual, á la distancia de dos kilómetros, próximamente, se precipita á una profundidad como de 200 metros, formando tres grandes saltos que, vistos de lejos, presentan una imponente y majestuosa perspectiva, decorada además por otras pequeñas y pintorescas cascadas que forman otras aguas que de las montañas vecinas se precipitan por el mismo boquete que origina la del río.

Este salta de la tierra fría á la tierra cálida, de un suelo que solamente produce gramas, trigo, papas y otros artículos de montaña, á otro donde se dan con profusión el plátano, la caña de azúcar, el café, el cacao y otros frutos de los climas intertropicales.

Y no es esta la única curiosidad natural que ofrece esta variada y extensa comarca. El río Aures, tan sentidamente cantado por el inmortal Gutiérrez González, forma también un pintoresco salto entre las enormes rocas que estrechan sus aguas, poco antes de tributarlas al Arma, á poca distancia del antiguo asiento de la tribu de Maitamá.

El río Arma tiene en la parte alta de su curso un puente natural muy ancho y cómodo, debajo del cual pasa agitado y bramador el torrente á unos 20 metros de profundidad. Este puente sirve para la comunicación de los habitantes de las montañas de uno y otro lado del río, y el tráfico es activo y constante.

En la parte de este municipio que da al Magdalena, en el lugar llamado el Mulato, hay un arroyo considerable que atraviesa un túnel natural, todo de mármol jaspeado, de más de 100 metros de largo. Este túnel es llamado por los mora-

dores de aquellos campos *La Iglesia*, y el riachuelo que lo atraviesa se llama *Quebrada de la Iglesia* (1). Las muestras de mármol que de allí se han traído son hermosas, y la mina, que es riquísima, podría explotarse con ventajas si existiese un camino transitable al puerto del Cucharo, sobre el río Samaná, tributario de La Miel, y éste del Magdalena, y se estableciera en aquellos dos ríos una regular comunicación, siquiera fuese por balsas. Estas canteras de mármol no distan del Samaná más de tres miriámetros.

La cordillera de los Andes centrales entra en el territorio de Sonsón algo al Norte del páramo de San Félix, frente á Pácora, lo recorre en su dirección general de Sur á Norte por unas doce leguas, y sale de él frente al caserío de Mesopotamia, un poco al Norte de las fuentes del Aures. En este trayecto, los picos más elevados que la montaña tiene son los denominados *Alto del Páramo*, *La Paloma* y *Los Parados*, de los cuales los dos últimos alcanzan á cerca de 4000 metros sobre el nivel del mar.

Las aguas que descienden de la cordillera y de sus numerosos contrafuertes son abundantísimas, y entre ellas son notables, de las que riegan la parte occidental y corren al Cauca, el río Arma con los siguientes que afluyen á él: el Perrillo, la Pelada, el Sirgua, el Sonsón y el Aures con su afluente el Tasaño ó Manzanares.

De las aguas que vierten por los flancos orientales de la cordillera y se encaminan al Magdalena, corren por territorio de Sonsón dos grandes ríos, el de La Miel y el Samaná del Sur ó Timaná, los cuales se juntan en el punto llamado *Balcones*, para caer luégo al Magdalena, cerca de Buenavista. El primero de estos ríos recibe las aguas del San Antonio, del Riomoro, el Riomanso, etc. ; el segundo recibe las de los ríos Dulce, Venus, San Pedro, Hondo, Claro, Rionegrito, San Andrés, etc. Otro río, llamado Claro del Sur, nace al pie del contrafuerte que forma el elevado *Páramo del Tigre*, y va,

(1) A *El Mulato*, pequeñísima abertura hecha en estos desiertos, á distancia de un kilómetro de esta maravilla natural, fue á buscar alimento barato para sus hijos el Poeta Antioqueño, y allí escribió su poesía á *Aures* y empezó el *Cultivo del maíz*, en los ratos que le dejaban libres las labores campestres que ha inmortalizado en sus cantos.—N. E.

recogiendo las aguas de muchos otros, á caer al Magdalena, abajo de Buenavista. Y otro, llamado *Claro del Norte*, se junta con el llamado *Cocorná*, y tributa al Magdalena, sirviendo de límite al municipio por la parte Norte de esta banda.

También recorren una gran porción de este territorio en dirección Nordeste, tres ríos considerables: los dos Rioverdes y el Caunzal, que forman, unidos á otros, el Samaná del Norte, gran tributario del Nare.

Los límites del municipio de Sonsón son los siguientes: del punto donde entran en el Magdalena reunidos los ríos Claro del Norte y Cocorná, siguiendo éstos, aguas arriba, hasta su confluencia; de aquí pártase una línea rectamente al Occidente, atraviesa el río Caunzal, y de allí tuerce un poco al Noroeste, para llegar á la unión de los ríos Verde y Santo Domingo; siguiendo de allí rectamente al Oeste, sube á la cordillera Central; por la cima de ésta sigue al Sur hasta frente á los nacimientos del río Aures; sigue las aguas de este río abajo hasta su confluencia con el Arma. Ascendiendo por las aguas de éste hasta su confluencia con el San Félix en los Valles Altos, sigue una línea recta en dirección Nordeste hasta la confluencia del riachuelo Rumazón en el Riodulce; de allí toma al Sudeste hasta los nacimientos de los ríos San Antonio y Riomoro en la cordillera del Rodeo. De aquí la línea sigue el Riomoro abajo hasta su unión con La Miel, y éste, aguas abajo, hasta su embocadura en el Magdalena, cerca de Buenavista; de allí sigue el Magdalena abajo hasta la boca del Río Claro del Norte, punto de partida.

Hoy, después de segregado del primitivo distrito el terreno necesario para formar el de Pensilvania, queda el de Sonsón con unas ciento sesenta leguas de superficie.

Bien se echa de ver que una comarca que posee tan dilatada extensión, comprendiendo desde las frías cimas de los Andes hasta las ardientes playas del Magdalena y las profundas hondonadas del Arma y del Samaná, ha de tener terrenos propios para toda clase de producciones, tanto las de los páramos y tierras frías, como las de las tierras templadas y calientes; y así es la verdad: el trigo, las papas, los frisoles y demás legumbres y plantas hortenses; la yuca, el plátano, la caña dulce, el maíz, el arroz, las arracachas, las ma-

fafas, el sagú, etc. etc., se producen con profusión. Los árboles frutales de todas las zonas crecen y fructifican por dondequiera y surten el mercado de una variedad asombrosa de sazoadas frutas. El cacao y la palma de coco, aunque poco cultivados todavía, se desarrollan, florecen y reproducen perfectamente en las tierras cálidas.

Grandes pastales, naturales en las tierras frías, artificiales en las calientes, mantienen numerosas vacadas que abastecen las lecherías y carnicerías, no sólo de Sonsón, sino de otros distritos de Antioquia. Los quesos especialmente tienen fama de excelentes en todos los mercados del Departamento.

En las playas de los ríos Sonsón, Samaná, Riodulce, Rioverde, La Miel, San Andrés, etc. etc., se han explotado y se explotan ricos minerales de oro de aluvión y de veta. Estas minas producen anualmente una gran cantidad del precioso metal, que alcanza para pagar las mercaderías extranjeras y del país que se introducen al municipio para el comercio y consumo. El río Samaná ha producido tan enorme cantidad de oro desde la fundación de Sonsón, particularmente en la llamada *Quebrada del Espíritu Santo*, que bien puede compararse al Porce, el más aurífero de los ríos de Colombia.

Ultimamente una exploración costeada por el progresista antioqueño Don Vicente Restrepo y por otros caballeros, también antioqueños, residentes en Bogotá, descubrió en territorio de Sonsón, y muy cerca de la desembocadura del Samaná en La Miel, el asiento de la antigua ciudad de Victoria, tan celebrada por nuestros cronistas, especialmente por Ocáriz y por Rodríguez Fresle, por sus ricas minas de oro y de plata. También en territorio de Sonsón queda comprendido el de la antigua provincia de los Palenques, de cuya riqueza aurífera no tenemos necesidad de hacer encomios.

Y no son estas las únicas riquezas naturales, fuentes de gran prosperidad para el distrito: sus salinas son abundantes, pero sólo se explotan las del Pañuelo, Samaná y Rioarriba, que producen cerca de seis mil arrobas de sal por año. Las demás sólo se benefician en favor de la industria pecuaria de las haciendas vecinas.

La renta de licores del distrito se remató para el último

período á razón de \$18,000 anuales; y creemos recordar que la de degüello es la más valiosa del Departamento, después de las de Medellín y Manizales.

III

A la banda occidental del río Sonsón, en la falda del Capiro, se asienta la ciudad, cuya forma es un perfecto cuadro, de un kilómetro de lado, próximamente. Está dividida en ciento veintiuna manzanas, de á 100 varas de lado, con sus correspondientes calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos. De las ciento veintiuna manzanas ó cuadras, sesenta están densamente pobladas de edificios; cuarenta y cuatro tienen algunas casas pobres, diez y seis están desiertas todavía, y una sirve de plaza.

Muchas son las casas cómodas y elegantes que contiene la ciudad. Todas están provistas de abundante agua de excelente calidad, lo que contribuye á conservar las excepcionales ventajas que el clima ofrece para la salud.

Entre los edificios públicos figuran: la iglesia parroquial, actualmente en reconstrucción, conforme á los elegantes modelos que ha suministrado el arquitecto señor Mariano Santamaría; tres capillas, que son: la del Hospital, la del Cementerio, y la de Nuestra Señora del Carmen, levantada esta última á costa del señor Nicolás Restrepo (1) exclusivamente; tres casas para escuelas, una para varones y dos para niñas, de las cuales, la una es un edificio tan cómodo y espacioso, que honraría á cualquiera ciudad de Antioquia; otra casa en que se halla actualmente el colegio de Santo Tomás; un hospital dividido en dos cuerpos ó claustros, uno para los enfermos de cada sexo, separados por la capilla que está en medio; la casa del Consejo Municipal; un grande y cómodo edificio que se está levantando para colegio, y otro, también en construcción, para matadero público.

Fuera de la ciudad, existen en el municipio cuatro case-
ríos, que son los de Nariño, Arboleda, San Julián y San Esteban (2). En el primero hay una hermosa capilla, tiene cura y

(1) Padre del autor.—N. E.

(2) El menor de estos case-
ríos es mayor que algunos distritos que
conocemos en Cundinamarca y Boyacá.—N. E.

escuela pública; en el segundo hay también escuela oficial; los dos últimos no son sino caseríos de mineros y agricultores, pero bastante numerosos para que el Gobierno Civil deba pensar en proveerlos de escuelas y el eclesiástico de curas.

La población de este distrito no ha podido computarse nunca con exactitud, por las mismas causas que han impedido siempre, é impedirán en nuestro país, que los censos se hagan cumplidamente; á esas causas comunes se agrega aquí la de hallarse la población esparcida en un extenso territorio. El cálculo más prudente, á nuestro juicio, es el que asigna á este distrito 16,000 habitantes. El censo oficial últimamente publicado le da 13,935.

De Sonsón, pueblo eminentemente colonizador, y de Rio-negro y Marinilla, han salido casi exclusivamente las familias que han fundado á Aguadas, Pácora, Aranzazu, Filadelfia, Neira, gran parte de Manizales, Pensilvania, las poblaciones de la cordillera en el departamento del Tolima y las que de treinta años á esta parte se han establecido en el Norte del departamento del Cauca. Por cálculos muy aproximados se cree que los descendientes de los hijos de Sonsón pasan hoy de cien mil.

IV

En 1812, hallándose en este Departamento,—entonces Estado autónomo de Antioquia,—el sabio Caldas, emigrado de la provincia de Popayán, en compañía del Doctor Ulloa y otros, y queriendo el Gobierno republicano modificar y variar todo lo colonial, hasta los nombres de las poblaciones, le fue dado al valle de San José de Ezpeleta de Sonsón, el nombre de Arcadia, por consejo, según se asegura, de Caldas, así como á Abejorral se le denominó Mesenia; á la Ceja del Tambo, Santa Marta; á Zabaletas, Caledonia, etc. Luégo, al volver de los años, y después de la redentora batalla de Boyacá, se olvidaron estos nombres y volvieron los primitivos. Sonsón lo recobró también, aunque perdiendo el de Ezpeleta que al principio tuvo.

En Mayo de 1810 vino aquí el primer cura propio, presbítero D. José Tomás Henao, quien gobernó con paternal solicitud y heroica caridad su parroquia y feligresía por

cuarenta y dos años. A este varón ejemplar, modelo de todas las virtudes, se debe el rápido incremento que tuvo desde el principio la población y el desarrollo notable que han alcanzado las industrias y la riqueza; él era el espíritu vivificador que animaba, y la fuerza potente que impulsaba toda empresa que tendiera al adelanto y prosperidad de este suelo. Introdujo en 1818 el cultivo del trigo, que no era conocido en Antioquia; trajo el primer molinero é hizo construir el primer molino de trigo que se vio en este Departamento; trabajaba sin cesar por montar escuelas y casas de educación, y era el verdadero padre del pueblo. En Enero de 1852 murió repentinamente este venerable Cura, y todavía hoy lo lloramos cuantos tuvimos la felicidad de conocerlo y de apreciar sus eximias virtudes (1).

En 1819 salió á campaña por primera vez un joven de diez y ocho años, á quien la Providencia destinaba para ser en su larga vida uno de los más conspicuos servidores de la Patria: hablamos de D. Braulio Henao, hoy General de la República, quien, á órdenes del valiente Córdoba, hizo entonces la campaña de la costa atlántica, contribuyó á la toma de Cartagena en 1821, prestó importantes servicios en Panamá y Veraguas, ascendió por rigurosa escala desde soldado raso hasta General de División, y ha sido uno de los más valientes y abnegados servidores públicos en todas las épocas de su larga carrera. Hoy, á los noventa años casi cumplidos, vive en esta su patria adoptiva (2) lleno de salud y de vigor, querido, respetado y acatado de todos cuantos le conocen, sin distinción de partidos políticos.

Otros muchos hombres notables ha producido esta ciudad, entre los cuales se distinguió siempre por sus virtudes privadas, su civismo, su piedad, su caridad con los necesitados y su generoso desprendimiento en favor de la Iglesia y del culto, el señor D. Januario Henao, modelo de patriarcales virtudes.

(1) Le sucedió el Presbítero D. Ramón Hoyos, actual Cura, modelo de virtudes. La circunstancia de no haber faltado cura párroco en Sonsón y haber tenido sólo dos en casi un siglo, habla muy alto en favor de la salubridad de su clima.—N. E.

[2] Nació en Rionegro el 26 de Marzo de 1801 y vino á habitar en Sonsón el año de 1812 con la familia del señor Cura Henao, de quien era hermano menor.

Por último, aunque el inmortal Gutiérrez González no nació en Sonsón, esta ciudad lo cuenta entre sus hijos, por haber vivido en ella largo tiempo sus padres, por haber pasado aquí la mayor parte de los años que estuvo casado con aquella hermosa y santa mujer á quien sus cantos inmortalizaron, por haber nacido aquí la mayor parte de sus hijos, por haber escrito aquí la mayor parte de sus cantos inmortales; porque esta fue la única población en que tuvo casa propia, edificada por él mismo; y, sobre todo, porque tanto el poeta como sus hijos, aunque muchos de ellos nacidos en otras poblaciones de Antioquia, siempre han reconocido á la nuestra como su patria.

En 1849 el inolvidable Cura, señor Presbítero Henao, fundó el Colegio de Santo Tomás de Aquino y puso á su cabeza, como Rector, al Presbítero Doctor José Cosme Zuleta, y como Segundo, al Doctor José María Pardo. Este establecimiento, aunque con varias interrupciones, ha funcionado desde aquella época con buenos resultados, y hoy se halla en un pie brillante subvencionado por los Gobiernos Nacional y Departamental.

En todo tiempo los habitantes de esta ciudad han dado pruebas de gran patriotismo, y en varias ocasiones han contribuído eficazmente á sostener y salvar los principios que han formado su doctrina política. En 1841, los valientes que vencieron en Salamina á órdenes del entonces Comandante Braulio Henao, eran en su mayor parte hijos de Sonsón, la flor y nata de la juventud de esta ciudad. Ellos, con otros de Abejorral y de Aguadas, formaron ese puñado de espartanos que, combatiendo uno contra diez, dieron el 5 de Mayo tan espléndido triunfo al Gobierno legítimo y determinaron la definitiva victoria de éste en la revolución llamada de 40.

En 1854, los vencedores en Bosa, siempre con el egregio Henao á la cabeza, eran sonsoneños en su mayor parte.

En todas nuestras desgraciadas guerras civiles, los hijos de Sonsón han hecho importante papel, y sus sacrificios de sangre han sido ingentes, más por la calidad de las víctimas que por su número. Entre los más notables hombres sacrificados en los campos de batalla figuran: el Coronel Antonio María Londoño, muerto en Bosa; el Coronel Román Jara-

millo, muerto en Hojas; los Tenientes Rafael Botero V. y Enrique Botero, muertos en Santo Domingo; el Coronel Francisco Londoño y el Teniente Mariano Marulanda, muertos en Cascajo; el Coronel Sandalio Valbuena, el Teniente-Coronel Teodoro Mejía y los Tenientes Félix Jaramillo y Esteban B. Correa, muertos en el Cuchillón, etc. etc.

JOSÉ MARÍA RESTREPO M.

Sonsón, Noviembre de 1890.

VARIEDADES

EL DIVORCIO EN ROMA

I

En los últimos números de la *Revista Norteamericana* (*North American Review*) se encuentran dos artículos sobre la mujer en la sociedad durante el tiempo de Cristo y antes de él, que son de sumo interés. Son escritos por *Gail Hamilton*, seudónimo de la célebre señorita Abigail Dodge, parienta de Mr. James G. Blaine, actual Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, con cuya familia reside en Washington. Dicha señorita ha solido publicar artículos de política, y escribe en un estilo tan incisivo y viril que, cuando el señor Bayard, predecesor del señor Blaine, y otros de los demócratas más distinguidos de la última administración, fueron censurados por un tal "Arthur Richmond" en la revista mencionada, todo el mundo atribuyó el ataque, pero tal vez sin razón, á *Gail Hamilton*.

Como dice nuestra autora, la vida de las mujeres de la sociedad romana del tiempo de Cristo es tan bien conocida como la de las contemporáneas nuestras en cualquiera parte del mundo, y es de admirar que durante muchos de los siglos que han venido después, poco ó nada se haya adelantado en el asunto. Para desgracia de los pesimistas que creen que el mundo no se ha mejorado moralmente, Roma sobresalió en el número de divorcios, ante los cuales palidece la famosa ciudad moderna de Chicago, donde hoy día son tan comunes. No podemos seguir la relación en todos sus detalles interesantes, pero sí escogeremos algunos de los ejemplos más notables que comprobarán nuestra opinión.

Julio, el primero de los Césares, nació cien años antes de Cristo, y hoy, dos mil años después, el mundo cristiano sigue tributando honores á este *Pontifex Maximus* del paganismo, en cada fecha que se escribe en el séptimo mes del año. A la edad de catorce fue sacerdote de Júpiter, de quien su familia aristocrática se atrevió á declararse descendiente. Orador, poligloto

poeta, autor, y más que todo, soldado y hombre de Estado, vivirá siempre en la historia. A los diez y seis años se comprometió á casarse, pero inmediatamente después de la muerte de su padre, se despidió de su novia y se casó con Cornelia, hija de Cinna, que era colega de Mario, el marido de Julia, la tía de César. Sila, dueño entonces de Roma y enemigo de Cinna y Mario, divorció á la fuerza á la joven pareja, y como César rehusó obedecer, fue tratado como criminal y tuvo que huír. La pobre Cornelia murió, y luégo César se casó con Pompeya, la nieta de Sila y parienta de Pompeyo el Grande, amigo de éste; pero cuando tal matrimonio político no pudo seguir siéndole útil, se divorció de su esposa, alegando como razón el hecho de haber penetrado en su casa, en una noche de fiesta, disfrazado de mujer, Clodio, joven desenfrenado pero de buena familia, quien fue descubierto en la casa por Aurelia, la madre de César. Fue entonces cuando éste pronunció aquel aforismo tan famoso: "De la esposa de César no debe ni aun sospecharse." No es increíble que todo fuese arreglado por César, Aurelia y Clodio; lo cierto es que César no persiguió á Clodio, sino que después le ayudó y exaltó. Durante la ausencia de Pompeyo en Asia, César logró congraciarse con Mucia, la mujer de su amigo; y cuando éste volvió á Roma, era tal el escándalo, que tuvo que divorciarse, como antes, cruelmente y sin causa, se había separado de Antistia para casarse con Emilia, hijastra de Sila, la cual también era casada. Poco después Emilia murió, dando á luz el niño de su primer marido en la casa del segundo.

Pompeyo se casó cinco veces. Para ganársele, César le dio la mano de su única niña, la hija de Cornelia. No se cuidó que ella fuera novia de Servilio y estuviera á punto de casarse. Pompeyo la aceptó, y para pacificar á Servilio, le dio su hija, también casada con Fausto, el hijo de Sila. Al mismo tiempo César arregló un nuevo matrimonio con la hija de Calpurnio Piso, uno de los tenientes y amigos de Pompeyo. Catón protestó contra la prostitución del Estado por tales medios, y se dijo en Roma que César era padre de Bruto, el hijo de Servilia, la hermana de Catón, razón por la cual, cuando Bruto le dio la puñalada al pie de la columna de Pompeyo, César dijo: "*Et tu, fili*" y no: "*Et tu Brute!*" como lo ha repetido equivocadamente la posteridad.

No es extraño que Catón prefiriese matarse, á vivir bajo el dominio de César. Pero Catón también se había divorciado de Atilia para casarse con Marcia; y cuando Hortensio, el amigo y rival de Cicerón, le pidió á Catón la mano de su hija Porcia, yá casada y madre de dos niños, Catón le dio en lugar de su hija, su

propia esposa Marcia, que se casó con Hortensio en presencia de Catón. Más tarde, después de morir Hortensio dejándole todos sus bienes, Catón se casó de nuevo con Marcia.

Cicerón también tronó contra tales casamientos; no obstante, se divorció de Terencia, su esposa, después de treinta años de matrimonio y cuando ya tenía él más de sesenta años de edad, porque ella no manejaba su casa (¡una de sus diez quintas!) con economía. Terencia se casó después tres veces, y vivió hasta la edad de ciento cuatro años.

También se casó Cicerón otra vez con una joven Publilia, de quien era tutor y la cual era rica, pero de quien también se divorció. Tulia, la querida hija de Cicerón, se casó felizmente, pero cuando murió su marido, se casó con Crasipes, quien se divorció de ella. Entonces su padre escogió para su tercer marido á Dolabella, joven vicioso, ya casado pero que tenía en mira el divorcio, y que también se separó de la pobre Tulia. Triste y abandonada, ella murió. Cuando se hubo divorciado la primera vez, Tiberio Nerón pidió su mano; éste, más tarde, se casó con Livia. Al casamiento de Antonio con Octavia asistió Livia, media hermana de Octavio (César Augusto), y éste se enamoró de ella. No se cuidó de que ambos eran casados, y Octavio dos veces, por haber repudiado á Claudia, su primera esposa, la hija de Tulia, después la primera mujer de Antonio; Octavio se divorció de Scribonia, la madre de su única hija Julia, y casada ella misma por tercera vez, y mandó á Tiberio que le entregara á la bella Livia.

Fue el hijo de Livia y de Tiberio el que sucedió á César Augusto como emperador, después de haber envenenado Livia á los legítimos sucesores, y él se casó con Vipsania, la hija del distinguido Agripa y de Atica, la hija del Sabio Atico, el querido amigo de Cicerón.

Cuando Julio César quiso complacer á Pompeyo, propuso casar á éste con su sobrina Octavia, y casarse él mismo con Pompeya, la hija de Pompeyo. Sin embargo, Octavia era esposa de Marcelo, y Pompeya, como he dicho, de Fausto; por lo cual Pompeyo hizo objeciones. Fue después de la muerte de Marcelo cuando Octavia se casó con Antonio, quien repudió á Fulvia. Marcelo, el hijo de Octavia, se había casado con su prima Julia, la hija de César Augusto, pero muriendo aquél, su padre y tía la casaron con Agripa, quien, como hemos visto, se había casado con Atica. Entonces por muerte de Atica, estaba casado con Marcela, la hija de Octavia. Cuando Agripa murió, el Emperador casó á Julia con Tiberio, el hijo de su esposa Livia, quien, como ya he dicho, estaba felizmente casado con Vipsania, hija de Agripa y Atica, ambos ya muertos; es decir, se casó con la esposa de su suegro, ya dos veces viuda, y una de las mujeres más viles de Roma. ¡Pero para qué multiplicar los ejemplos! ¡Basta!

HENRY R. LEMLY.

Bogotá, Noviembre 19 de 1890.

Señor Director de la REVISTA LITERARIA.

Estimado señor y amigo :

En el artículo publicado en la entrega 7.^a de su REVISTA, con el título *Del Estilo*, se deslizaron, entre otros que se me escapan, los siguientes yerros: el uno es un pecadillo consistente en decir, á la página 19, línea octava, *darle por darles*; el segundo es un pecado contra la propiedad de las voces, cometido en la nota de la página 13, diciendo *recíproca* donde el sentido pedía *contraria*; y el último es un pecado mortal, con caracteres de reincidencia, en que incurrió el autor cuando puso dos veces Cuvier donde hubo de poner Lineo.

Es preciso salvar estos yerros en el próximo número de la REVISTA, por respeto á sus juiciosos lectores, sin pasar á pedirles perdón, porque estas faltas son imperdonables, aun para una misericordia infinita.

Servidor y amigo de usted,

B. SANÍN CANO.

TRANSITO

De esta afamada novela del señor Doctor D. Luis Segundo de Silvestre quedan unos pocos ejemplares, que se venden en la imprenta de *El Orden*, á un peso de ley cada uno.

IMPORTANTES DOCUMENTOS

Exposición médico-legal de los señores Doctores Rafael Rocha Castilla, Luis Fonnegra, Juan E. Manrique y Abraham Aparicio, y Auto del señor Juez 2.^o Superior, en el sumario seguido al General Pedro Aldemar Sánchez, por homicidio.

De venta en la imprenta de *El Orden*, á veinte centavos el ejemplar.

EXPOSICION DEMOSTRADA DE LA DOCTRINA CRISTIANA

POR EL ILMO. SEÑOR DOCTOR JUAN B. ORTIZ

Está ya concluída la 3.^a edición de esta interesante obra, y se venden ejemplares de ella en la imprenta de A. M. Silvestre y en la Librería Colombiana de los señores Camacho Roldán & Tamayo.

CAUSA CELEBRE Y COMPLETA

DEL CRIMEN DE LA CALLE DE LA MONEDA.

Relación pormenorizada y documentos, con cinco ilustraciones (retratos de la víctima y de los victimarios y plano de la casa donde se ejecutó el delito).

Esta publicacón está en un folleto de 110 páginas, y es nueva y distinta de todas las que sobre el asunto se han hecho anteriormente.

De venta en la imprenta de A. M. Silvestre, á \$0-60 el ejemplar.

NOTAS DE VIAJE

[COLOMBIA Y ESTADOS UNIDOS DE AMERICA]

POR SALVADOR CAMACHO ROLDAN

Un volumen en 8.°, de 900 páginas. Librería Colombiana (Calle 12, número 178).

En rústica \$ 2 50
En pasta 3 ..

FISIONOMIAS LITERARIAS DE COLOMBIANOS

POR ISIDORO LAVERDE AMAYA

Comprende los siguientes bocetos:

Mario Valenzuela—Daniel Mantilla—Eugenio Díaz—Rafael Eliseo Santander—Juan de Dios Restrepo.—Carlos Posada—Manuel Ancizar—Emilio Antonio Escobar—Nicolás Pardo—Luciano Rivera y Garrido—Medardo Rivas—Ricardo Silva—José María Angel Gaitán—Lázaro María Pérez—Rafael Pombo—Doctor Rafael Núñez.

Forma un volumen de 342 páginas en 8.°, esmeradamente impreso por la muy acreditada Casa Editorial de los señores Béthen-court é Hijos, de Curazao. Han llegado unos pocos ejemplares al almacén del señor Joaquín Pérez O.

UN VIAJE A VENEZUELA

POR ISIDORO LAVERDE AMAYA

Obra de más de 400 páginas, en buena edición. De venta, á \$ 0-80 cvs. el ejemplar, en las Librerías Americana, Colombiana, en la de Torres Caicedo y en la imprenta de *La Nación*.

RECUERDOS DE LA FIESTA DEL CENTENARIO

DEL LIBERTADOR

(Viaje á Caracas) por Isidoro Laverde Amaya.

Quedan unos pocos ejemplares de este libro, que contiene una descripción bastante completa de la ciudad del Avila.

Se vende á \$ 0-80 cada ejemplar en la Librería Torres Caicedo.

OBRAS DE VENTA EN LA IMPRENTA DE "LA LUZ":

LA REFORMA POLÍTICA EN COLOMBIA, por *Rafael Núñez*, 3.ª edición.—Un tomo en 4.º menor, de 1,268 páginas, á \$ 1-60 en rústica y á \$ 2-50 en pasta.

ESTUDIOS CRÍTICOS por *Rafael M. Merchán*, un tomo en 8.º mayor, de 724 páginas, á \$ 2 en rústica y á \$ 2-40 en pasta.

FOLLETINES DE "LA LUZ," de 1883 y 1884, dos tomos en doble 12.º, á \$ 2 en rústica y á \$ 2-50 en pasta cada uno.

LA EXPLICACIÓN DEL ENIGMA, por *Mme. Craven*, traducción de la señora S. Acosta de Samper, \$ 0-50 en rústica y á \$ 1 en pasta.

MIL ANÉCDOTAS, un tomo en 12.º, de 486 páginas, á 8 reales en rústica y á \$ 1 en pasta.